JOSÉ MAYQUEZ

La razón social

COMEDIA EN CINCO ACTOS

DE

ALPHONSE DAUDET y A. BELOT

ARREGLADA EN CUATRO, Á LA ESCENA ESPAÑOLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1903

JOSÉ MAYQUEZ

LA RAZÓN SOCIAL

comedia en cinco actos

DE

ALPHONSE DAUDET y A. BELOT

ARREGLADA EN CUATRO, Á LA ESCENA ESPAÑOLA

Barcelona.—TEATRO PRINCIPAL, 12 de Marzo de 1903



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARGARITA	Sra.	Roca.
LUISA	Srta.	Carbone.
LA SEÑORA MUÑOZ	Sra.	Valls.
CLARA		París.
SEÑORA GUERINI	Srta.	Prast.
UNA DONCELLA		Siria.
UNA CRIADA		N. N.
BELMON	Sr.	Miralles.
PÉREZ		Sánchez-Bort.
PLANAS		Amato.
FEDERICO		González.
JULIO		Arcila.
MUÑOZ		Serrano.
FERMÍN		Infiesta.
UN CRIADO		Duque.

ACTO PRIMERO

Saloncito decorado con lujo en un restaurant. Puertas laterales. Espejo á la izquierda, sofá á la derecha. El hueco del foro es de medio punto grande, cerrado por cortinones, los cuales se descorrerán á su debido tiempo dejando ver el gran salón de fiestas alumbrado espléndidamente. A la izquierda piano.

ESCENA PRIMERA

UN CRIADO. A poco FERMÍN

Al levantarse el telón el Criado entra por la izquierda con una botella de «Champagne» en la mano, echa una rápida ojeada alrededor y bebe con deleite de la misma botella. Sale por el foro Fermín llevando una bandeja llena de copas vacías. Al ver al Criado se acerca á él

FER. (Tocándole en el hombro.) ¿Qué hace usted?

CRIADO (Volviéndose asustado.) ¡Ah! ¡Señor Fermín, dispense usted! Es un poco de *Champagne* que había quedado.

FER. ¿Dónde se figura usted que está? ¡Este es un gran hotel, único en su clase, el mejor de Barcelona, el primero de España! (Le quita la botella de la mano, se asegura de que queda en ella líquido mirandola al trasluz, lo vierte en una de las copas y se lo bebe. Después devuelve al Criado la botella.) Aprenda usted el oficio. Todas estas

menudencias pertenecen, por derecho propio, al jefe de comedor.

CRIADO. Está bien.

FER. Encienda usted aquí más luces. Dentro de poco se levantarán de la mesa. (Vase por el foro dándose mucha importancia)

ESCENA II

LA SEÑORA MUÑOZ, MUÑOZ y el CRIADO

El Criado enciende más luces. El señor Muñoz trae la servilleta prendida y parece muy incomodado; la señora Muñoz le sigue: viste espléndidamente; pero con mal gusto, trae la boca llena

MUÑ. (Entrando por la izquierda.) ¡Esto no tiene nombre!

SRA. M. Vamos, Fernando, no te exaltes, en un día como este no debes...

MUÑ. (Al Criado que desde el primer momento le mira asombrado.) ¿Tengo monos en la cara? (El Criado saluda humildemente y se retira.) ¡Ponerme en un extremo de la mesa!... ¡A mí! ¡A don Fernando Muñoz! ¡Al padre de la novia!... Y... ¿A quién le han dado mi puesto, á Castell?

SRA. M. Es el socio de Belmon, de nuestro yerno.

MUÑ. Todo eso estaba preparado para ultrajarme.

SRA. M. (Dejándose caer en el sofá.) No, hombre, no; exageras. Es efecto del carácter de nuestro hijo político y no debe extrañarte... es tan distraído... Siempre está...

MUÑ. Humillado, dí la palabra, terriblemente humillado delante de su socio y de la mujer de su socio. (Se sienta en el sofá.)

SRA. M. Es preciso reconocer que Belmon se encuentra en unas circunstancias excepcionales... Entró en la casa de Castell como simple operario, y al hallarse hoy, casi de improviso, elevado á socio de sus antiguos amos no puede prescindir de tenerles cier- respeto...

MUÑ. ¡Vaya una razón!

SRA. M. Verdaderamente; pero él es tan modesto que considera inmerecida su posición, y nosotros sufrimos las consecuencias. No teníamos ya fortuna, porque los diez mil duros de mi dote se habían evaporado en especulaciones desastrosas.

MUÑ. ¿Me acusas?

SRA. M. No pretendo semejante cosa; quise decir que no has sido afortunado en tus empresas. Nuestra hija Margarita no tenía, por lo tanto, un cuarto de dote, y estaba destinada á ser la esposa de algún pobre diablo... de algún infeliz... así como Federico, el hermano de Belmon.

MUÑ. Eso hubiera sido casarla con *miseria y compañía*. ¡Vaya una locura! Además, ella tampoco hubiese aceptado.

SRA. M. Es cierto: nuestra ambición y la suya era tan grande como pequeño el número de pretendientes; lo mismo que le ocurre al amigo Pérez con su hija Luisa.

MUÑ. (Con desprecio.) ¡Ah, sí, Pérez! Ha tenido Belmon una feliz idea convidándoles á su boda.

SRA. M. Obra de caridad que le honra. Ella es una niña encantadora, modelo de abnegación. Pasa el día trabajando para ganar el pan de la casa.

MUÑ. ¡Bien, bien! De la hija no digo nada... pero el padre... ese cómico viejo... ¡ponerle enfrente de la señora de Castell!

SRA. M. Son antiguos amigos... vecinos cariñosos...

MUÑ. ¡Vecinos, vecinos! ¡Vaya un título!

SRA. M. ¡Muy bien! ¿Con que no supone nada la vecindad? Escucha: Hace diez años vino Belmon con su hermano Federico á instalarse en el mismo corredor en que vivíamos Pérez y nosotros, y á esta circunstancia debemos el que Margarita sea hoy su esposa. ¡Me parece que algo tenemos que agradecer á la vecindad!

MUÑ. ¡Esas son apreciaciones tuyas! ¡Yo me llamo don Fernando Muñoz, señora!

SRA. M. Ya lo sé.

MUÑ. Con mi apellido nuestra hija hubiera podido

aspirar á las más altas posiciones... sin ir más lejos, el mismo Julio Castell, que es el verdadero amo, la ha pretendido durante mucho tiempo..

SRA. M. Calla, pueden oirte...

MUÑ. Y si no le hubieran obligado á casarse con su prima Clara, esa presumida...

SRA. M. ¡Vaya, volvamos al comedor! Para una vez que venimos á un restaurant de esta importancia, no vamos á disfrutar de todos los platos.

MUÑ. (Con gravedad.) ¡No. Voy á tomar el aire! Daré un paseo por el muelle. ¡Estoy congestionado! (Se dirige hacia la derecha.)

SRA. M. (Siguiéndole.) Como sigas así, vas á tener que vivir en un desierto .. ¡Fernando, Fernando! La servilleta, quítate la servilleta... (Vase detrás de él por la derecha.)

ESCENA III

EL CRIADO, después LUISA y PÉREZ

CRIADO (Sale por la derecha, se acerca al foro y mira por la cortina con precaución.) ¡Cá, no se van! Y hoy precisamente quería yo acabar pronto. (Luisa y Pérez entran por la izquierda, éste viste de rigurosa etiqueta, lleva una gran flor en el ojal, etc. Luisa viste modestamente, pero con elegancia, formando contraste con su padre. Cojea visiblemente.)

PÉREZ (Ligeramente alegre, habla con soltura y acciona mucho.) ¡Por aquí, Luisa! En este saloncito nadie nos molestará. (Fijándose en el Criado le dice con acento dramático.) ¡Dejadnos!

CRIADO Tengo que...

PÉREZ (Con actitud y entonación altamente dramáticas.) ¡Salid, salid presto!

CRIADO (Asustado.) ¡Al momento, señor, al momento! (Aparte.) Parece que todos están incomodados. (Vase por la izquierda.)

LUISA Vamos á ver, ¿qué quieres?

PÉREZ Se trata de un asunto importantísimo. Yo soy el único artista que hay en esta fiesta

de comerciantes, ¡artista dramático de reputación colosal! ya lo sabes.. pues bien, seguramente no terminará la velada sin que me supliquen que diga alguna cosa.

LUISA ¡Ah, crees!...

PÉREZ Estoy seguro. Estas gentes habrán oido hablar mucho del eminente actor Pérez..., y es natural que deseen apreciar mi mérito... He tenido enfrente de mí durante la comida á la señora de Castell, una joven muy distinguida, que no ha dejado de mirarme ni un momento y manifestó gran asombro cuando yo le pedí al camarero la salsa inglesa.

LUISA ¿De veras?...

PÉREZ Extraordinario. Estos comerciantes no tienen costumbre de pedir la salsa inglesa con desenvoltura, con autoridad. Se produjo en el acto un murmullo de admiración. Entonces me entusiasmé, se me figuró que me encontraba sobre la escena, y que después de tanto tiempo volvía á conmover á las masas.

LUISA ¡Pobre papá!

PÉREZ No me compadezcas; porque aunque hace catorce años que las empresas me tienen postergado, yo no me desanimo, no sucumbo.

LUISA ¿Esperas que todavía?...

PÉREZ ¿Que si lo espero?... Tengo la evidencia; pero dejemos eso. Debo mantener mi reputación, y por lo tanto no podré excusarme cuando me supliquen... Había pensado recitarles la deliciosa escena de *El desdén con el desdén*; pero no tengo quien me cubra la figura. Si tú quisieras... el ejemplar está en el bolsillo de mi sobretodo...

LUISA (Asustada.) ¡Yo!... ¿Quieres callar?..

PÉREZ Sí, es verdad... tú eres como tu pobre madre, que jamás pudo decir dos palabras ante el público. Bueno: entonces el gran monólogo de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*; pero necesito repasarlo...

LUISA Si no estás bien seguro mejor será...

PÉREZ ¿Qué?...

LUISA — Que lo dejes para otra ocasión... puede faltarte la memoria... Además, el *Champagne*... Has bebido mucho.

PÉREZ — ¡Bah! no temas, al contrario, lo diré mejor, con más brío, con más energia... Estoy fundido en el molde de los artistas inmortales. Máyquez, Romea, Valero, ¡aquellos colosos del arte..! Voy á repasar el monólogo, tú me apuntarás.

LUISA — (Sonriéndose.) ¡Pero... si yo no sé una palabra!

PÉREZ — En el bolsillo de mi sobretodo está el ejemplar: vé á buscarlo.

LUISA — ¿También lo has traído?

PÉREZ — Claro, á prevención. (Luisa se va por la izquierda.)

ESCENA IV

PÉREZ. A poco MUÑOZ y la SEÑORA MUÑOZ

PÉREZ — (Colocándose delante del espejo.) Sí, construído de la misma madera que aquellos grandes actores; pero mejor tallado, lo puedo decir sin vanidad. (Se mira al espejo, se estira los puños de la camisa, anda en todas direcciones y hace todo género de ademanes. Le interrumpe la entrada de Muñoz y su mujer.)

SRA. M. — (Por la derecha siguiendo á su marido.) Vamos á la mesa.

MUÑ. — ¿Quieres que sufra nuevas humillaciones? (Viendo á Pérez.) ¡Ah! ¿Estaba usted aquí, Pérez?

PÉREZ — He venido á repasar uno de mis monólogos... Es idea de Luisa, como me comprometerán á decir algo...

MUÑ. — ¡Qué tontería! Si hubiera usted venido invitado por los señores de Castell... sería otra cosa.

ESCENA V

DICHOS y LUISA

LUISA (Trayendo el ejemplar.) ¡Aquí está la comedia!

PÉREZ (Dirigiéndose á Muñoz.) Perdone usted, las exigencias de nuestra penosa profesión nos obligan á... (A Luisa) Busca... acto tercero... escena.. ¡Qué triunfos he conquistado en esta obra! ¡Qué ovaciones en Mataró, en Reus!...

MUÑ. (Aparte á su mujer con impaciencia.) ¡Este hombre me saca de quicio!

SRA. M. Eres insoportable. (Vanse por la izquierda disputando.)

ESCENA VI

PÉREZ y LUISA. Después BELMON y PLANAS

PÉREZ (Declamando.)

Sevilla, Guadalquivir,
cual atormentais mi mente,
noche en que os ví de repente
tras breves dichas huir...

Calla... no me digas nada... (Colocándose la cabeza entre las manos como para reconcentrarse y recordar.)

Noche en que os ví de repente
tras breves dichas correr...

Vamos, versos, ¿no me ayudas...?

LUISA ¡Chist, viene alguien!

BELM. (Por el foro, seguido de Planas.) Entra, Planas, entra. ¡Calle, Pérez!... No se incomoden ustedes por nosotros... con un rincón para que el amigo Planas pueda fumar tranquilamente... El vicio le domina y... ¿Qué tal, querido Pérez? La comida ha sido buena, ¿eh?...

PÉREZ (Con displicencia.) ¡Pche!

BELM. Ya está todo el mundo en el salón.

PÉREZ ¡Caramba! Entonces es posible que me estén buscando. (Dirigiéndose al foro.)

BELM. (Deteniéndole.) Venga un apretón de manos. Me parece que no le veo á usted todo lo alegre que yo quisiera.

LUISA ¡Vaya! Mi padre está contentísimo.

PÉREZ Es que mis preocupaciones.. el arte... el teatro...

BELM. Sí, sí. Ya lo sé; pero hoy debe usted olvidar todo eso. Aunque ya no vivamos tan cerca, yo soy siempre el mismo.

LUISA ¡Gracias! Bastante ha hecho usted por nosotros.

PÉREZ (Aparte á Belmon.) ¿Cuándo podremos hablar? Tengo un proyecto teatral.

LUISA (Procurando llevarse á su padre.) Ven al salón.

PÉREZ Vamos. (Aparte á Belmon.) Hablaremos otro día en momento más oportuno.

BELM. Cuando usted quiera. (Luisa y Pérez se van por el foro, éste dando el brazo á su hija y declamando)

PÉREZ Sevilla, Guadalquivir...

ESCENA VII

BELMON y PLANAS. Durante la escena anterior, Planas ha sacado la petaca y de ella ha escogido un cigarro puro. Después de examinarlo con mucha calma, lo enciende saboreándolo. Belmon le contempla con satisfacción. Luego le coge del brazo y se pasea con él por la escena

BELM. ¡Planas! ¡Mi querido amigo!

PLA. ¿Qué?

BELM. ¡Soy feliz! ¡Muy feliz!

PLA. (Con sequedad.) Ya lo veo.

BELM. ¡Ah! No; no es posible que lo comprendas... Estoy mucho más contento de lo que puedes imaginarte, pero me domino para no aparecer como un loco, ó como un niño sin conciencia. ¡Qué día!.. ¡Cuántas cosas desde esta mañana! A primera hora, mi cuartito de soltero, mi traje de frac dispuesto, seis pares de guantes blancos preparados. ¡Seis pares! Después vinieron los co-

ches... una verdadera procesión de coches... Ella, con su corona de azahar, cubierta con un gran velo de gasa, como ángel envuelto en nubes. Después la entrada en la iglesia, siempre precedidos de aquella nube blanca que flotaba, que nos envolvía. Las luces, la plática del señor cura, la aglomeración de gente en la sacristía... El órgano lanzando al aire sus notas sonoras, por último, las exclamaciones de los curiosos que decían: ¡Qué hermosa es la novia! ¡Qué guapo es el novio!

PLA. (Sonriendo y lanzando al aire bocanadas de humo.) ¡El día de la boda tiene muchos encantos!

BELM. El almuerzo en la fábrica con mis antiguos compañeros, rodeado de aquellos honrados trabajadores que han compartido conmigo las penalidades de una ruda existencia. Creo que todo esto es un sueño. Por más que hago, no puedo convencerme de la realidad. ¡Pensar que en menos de un año he tenido dos grandes fortunas!... ¡Asociado de la casa Castell y esposo de Margarita!... Es mucho para recibirlo de un golpe.

PLA. Con tal que el matrimonio no te haga olvidar los negocios...

BELM. ¡Olvidar los negocios! ¡Abandonar la casa! ¿Cómo puedes pensarlo siquiera? Esa razón social, en la que ya figura mi nombre junto con el de mis antiguos amos, es la mitad de mi vida. Lo sacrificaría todo por ella sin vacilar; las dichas de hoy, las esperanzas de mañana, el amor de mi esposa, todo. Recuerda bien lo que ahora te digo, Planas; nada me detendrá si la casa Castell peligra un día.

PLA. Haras muy bien, y lo recordaré siempre.

BELM. ¡Cuando pienso en lo que fué para mí el viejo Castell, todo me parece poco! Hace veinte años, tú lo sabes, llegué aquí desde Asturias, desde nuestra tierra, sin un céntimo en el bolsillo y teniendo que atender á la educación de mi hermano. No conocía á nadie en Barcelona más que á un viejo oso que

vivía acurrucado detrás de la rejilla de su caja en un antiguo almacén.

PLA. (Con satisfacción) No fué mal encuentro el de aquel viejo oso.

BELM. Es verdad. Te debo el haber entrado en la fábrica, y Dios sabe que ni lo he olvidado, ni lo olvidaré; pero el puesto que he conseguido alcanzar me lo otorgaron aquellos nobles corazones que encontré allí y que quisieron recompensar mi adhesión y mis humildes trabajos elevándome hasta ellos.

PLA. Y á eso debes también que Margarita se haya decidido á cargar contigo.

BELM. Puede que sea así, viejo suspicaz. Es posible que me haya aceptado por marido, no siendo ni joven ni guapo, porque mando ya en la gran fábrica. Eso no me extraña, y hasta lo encuentro natural. ¡Bah! vanidad de mujer que es disculpable en todas, y más aún en quien ha vivido con pobreza; pero si crees que por tal motivo no vamos á ser dichosos, te equivocas, yo tengo cariño para los dos. Tú no comprendes estas cosas.

PLA. (Con gravedad.) Más de lo que te figuras.

BELM. Federico es la única nube que empaña mi felicidad. Al ver que se separa de nosotros, tal vez por muchos años, me desespero; y al suponer que esta ausencia la motiva quizá mi casamiento...

PLA. (Sorprendido.) ¡Tu casamiento!

BELM. Sí. (Entra Federico por la izquierda.)

ESCENA VIII

DICHOS y FEDERICO

FED. (A Planas.) El humo del cigarro me ha hecho dar contigo.

BELM. Precisamente hablábamos de tí.

FED. ¡De mí! ¿Y qué decíais?

BELM. Decía yo... Ven acá, mírame cara á cara. (Cogiéndole las manos y mirándole fijamente.) Decía

que hoy mi ventura sería completa si no fuese por mi hermano.

FED ¡Por mí!

BELM. Sí.. Me pregunto muchas veces si mi felicidad no estará formada con los pedazos de la tuya.

FED No comprendo.

BELM. He llegado á creer que amabas á Margarita.

FED. ¡Yo!... ¡Qué locura!

BELM. Y cuando has visto que tus esperanzas se desvanecían, resuelves alejarte.

FED. (Riendo violentamente.) ¡Vaya una historia! Me voy á Lóndres porque el destino que me ofrecen es bueno.

BELM Estaré equivocado; pero entonces me afirmo en que no me quieres ya.

FED. ¿Qué dices? Sería un ingrato.

BELM. Pruébamelo; no te separes de mí. Tú, eres el hombre que necesitamos en la fábrica, trabajador, inteligente, honrado... quédate, nos ayudarás, viviremos en familia. Después te casaremos... hay una mujer en la cual he pensado muchas veces y que seguramente te haría feliz.

FED. ¿Sí? ¿Quién es ella?

PLA. (Lanzando una bocanada de humo.) Me parece que la conozco, ¿verdad? (Belmon y Planas se miran y ríen.)

FED. ¡Ah! vamos, ya caigo... Luisa. Es una criatura adorable; pero yo no pienso en casarme por ahora... dentro de dos ó tres años volveré y entonces...

BELM. ¡Dentro de dos ó tres años... ¡Quién sabe!... ¡Venga un cigarro, Planas! Yo también quiero echar humo.

PLA. (Sacando la petaca.) Toma. ¡Ah! tu mujer. (Un Criado entreabre las cortinas del foro, para que pase Margarita y Julio que le da el brazo. Ambos se detienen un momento hablando. Planas, Federico y Belmon se retiran á un extremo. Margarita y Julio avanzan sin fijarse en los otros personajes.)

BELM. (Bajo á Planas y Federico.) Qué hermosa es! (Se sigue oyendo muy quedo el piano que toca en el gran salón)

ESCENA IX

DICHOS, MARGARITA y JULIO

MARG. (Apoyada en el brazo de Julio, con mucha coquetería.) Me adoraba usted y sin embargo se casaba con otra... ¡Já! ¡já!

JULIO Usted sabe por qué se celebró ese matrimonio; mi tío lo quiso y yo no pude oponerme

MARG. (Se coloca ante el espejo y se arregla el tocado.) Será así, pero en aquel tiempo se ahogaron muchas ilusiones mías. Vea usted que extraños caprichos tiene la suerte... esa señora fué al fin su esposa de usted, y yo más tarde he llegado á ser la esposa de Belmon. Mi posición social es ya tan importante como la suya. ¡Quién lo había de pensar!... la hija de Muñoz, aquella pobre muchacha trabajadora de la fábrica á quien nadie hacía caso ya, á quien trataba la señorita de Castell como á la última de sus criadas, pasa de un salto á colocarse á su misma altura... ¡Parece un sueño!

BELM. (Que los ha estado mirando atentamente y hablando con Federico y Planas dice, dirigiéndose á ellos:) Veréis como los sorprendo. (Se adelanta sin ser visto hasta colocarse detrás de Margarita y Julio.)

JULIO ¿De manera que es usted completamente feliz?

MARG. ¡Oh! sí, muy dichosa. ¿Qué puedo desear? Tengo un marido cariñoso y honrado que me adora y á quien conozco desde la niñez.

BELM. (Adelanta la cabeza por entre los dos.) Es cierto; desde que era muy pequeña.

MARG. (Dando un pequeño grito de sorpresa.) ¡Ah! ¿Estas aquí?

BELM. (Con mucho cariño.) Sí, hija mía, con Federico y Planas; hemos venido á fumar.

MARG. Has hecho mal en dejar el salón, el baile ha empezado y deberías estar allí.

BELM. Dices bien, voy en seguida.

MARG. Espera un instante; llevas el lazo de la corbata casi deshecho.

BELM. ¡Bah! Menudencias. (Se coloca delante de Margarita que le arregla la corbata. Belmon mira á los otros muy satisfecho.) ¡Qué agradable es sentir el roce de estos deditos!

ESCENA X

DICHOS y CLARA

Planas y Federico quedan retirados á un extremo durante esta escena

CLARA (Por el foro y dirigiéndose á Julio.) ¡Gracias á Dios que te encuentro!

BELM. (Sujeto por Margarita.) ¡Ah, señorita Clara! Para mí siempre será usted la señorita Clara. Me alegro mucho que venga usted. (Va á dirigirse hacia Clara y Margarita le retiene por la corbata.)

MARG. Estate quieto.

CLARA Dí, Julio, ¿quién es ese hombre estrafalario que he tenido enfrente de mí durante la comida? Hacía unos visajes... ahora en el salón todo el mundo se ríe de él.

JULIO Pérez, el cómico Pérez, un amigo de Belmon.

BELM. ¡Un artista de mucho talento! No sirve para nada; pero tiene mucho talento.

CLARA ¡Qué actitudes más ridículas toma!

JULIO Probablemente querrá llamar la atención para recitar algo.

CLARA Sí, sí... que nos divierta.

BELM. (Coge de la mano á Margarita, que ha terminado de arreglarle la corbata, y se dirige á Clara.) Señorita Clara, ruego á usted que me escuche un momento. (Colocándola enfrente de Clara.) Ven. No he podido hoy hablar con usted y deseo decirle muchas cosas.

CLARA ¿Qué es ello?

BELM. (Muy emocionado.) Como es usted tan bondadosa, estoy seguro de que profesa algún cariño á mi mujer. ¿No es cierto?

CLARA ¡Qué duda cabe! Somos antiguas amigas.

BELM. Pues bien; le suplico á usted en su nombre

y en el mío que siga honrándola con su amistad y dispensándole su protección.

CLARA. Margarita no ha menester que la protejan. Vale mucho.

MARG. (Con sequedad.) ¡Gracias, señora!

BELM. Sin embargo, es preciso que cuente con una persona que la dirija, porque desconoce por completo la sociedad y el mundo en que va á entrar, y confío en usted. (A Margarita.) Procura imitarla en todo y sigue ciegamente sus consejos, porque no hay dos mujeres seme jantes á la señorita Clara, tiene un corazón tan hermoso como el de su padre... es una verdadera Castell.

CLARA ¡Por Dios! (Margarita baja los ojos y se inclina sin responder)

ESCENA XI

DICHOS y MUÑOZ, después todos

MUÑ. (Por el foro, seguido de dos criados.) ¡Las cortinas! ¡Descorrer las cortinas! Perdonen ustedes, pero necesitamos todos los salones para el rigodón. (Los criados descorren las cortinas del fondo; el gran salón aparece iluminado espléndidamente y lleno de convidados. Levantando la voz) ¡El rigodón! ¡Las parejas para el rigodón!

PÉREZ (Adelantándose con Luisa, pensativo y con el ejemplar en la mano.) Verás como me piden que diga algo... (Fijándose en el piano sobre el cual ha dejado un criado un cartelón con el título del baile.) ¡Calla! ¿Qué es eso que colocan ahí? ¡Buena idea! (Vase precipitadamente por el foro. Tocan un rigodón, las parejas, ya organizadas, le bailan.)

FED. (Acercándose á Luisa, que se ha sentado en el sofá de la izquierda) ¿No baila usted, Luisa?

LUISA (Con tristeza é ingenuidad.) No puedo, Federico, ya lo sabe usted, me lo impide la cojera.

FED. (Confundido.) Es verdad.

LUISA Cuánto tiempo que no tenía el gusto de verle á usted cerca de mí... Ya nos ha olvidado por completo. Vamos, concédame usted este

rigodón, le hablaremos, ya que no puedo bailarlo.

FED. (Sentándose á su lado.) Con mucho gusto.

LUISA ¿Qué tiene usted? Le encuentro demacrado, triste.

FED. Nada.

LUISA Y, sin embargo, sufre usted, no lo niegue, está escrito en sus ojos.

FED. Es usted práctica.

LUISA Naturalmente, he soportado tantas penas, que sin querer, adivino las de los demás.

FED. Y á pesar de eso, aparece usted siempre tranquila.

LUISA Sí, en sociedad por lo menos procuro dominarme; pero cuando estoy sola me desquito llorando mucho. (Hace un gracioso movimiento de cabeza como para desechar sus pensamientos.) ¡Qué bonito rigodón! ¡Son muy dichosos los que pueden bailar! .. Me han dicho que se marcha usted, que se expatría... ¿Es cierto?

FED. (Distraido,) Sí.

LUISA ¡Qué pena! Pero antes irá usted á vernos, ¿verdad? No debe usted olvidar así á sus antiguos vecinos que tanto le quieren.

FED. Tiene usted razón, pero si usted supiera... (Transición.) Supongo que aquella gran butaca en la que tantas horas pasaba usted sentada, trabajando, estará en el mismo sitio.

LUISA Sí, donde siempre, junto á la ventana, delante de la mesa cargada con grabados de modas, flores de trapo y pájaros con largas plumas de todos los colores, aquello no varía. En cambio mis pajarillos siguen el camino de mis ilusiones y como ellas vuelan sin cesar. Cuando los coloco en los sombreros, abiertas las alas en toda su extensión, parecen lanzarse al espacio, recorren el mundo, visitan á las personas queridas y traen nuevas suyas, alimentan mis esperanzas y me hacen creer que tal vez algún día veré realizado cuanto ambiciono...

FED. (Oyéndola extasiado y cogiéndole una mano.) ¡Luisa!... ¡Adorada Luisa!...

PÉREZ (Por el foro yendo á colocarse detrás del sofá. Trae

un pliego de papel en el que hay escrito un anuncio con letras muy grandes. Enseñándoselo á Luisa.) ¡Mira, hija mía!... ¡Mira!... (Leyendo.) «Intermedio dramático.» «Monólogo del drama *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, recitado por el eximio actor señor Pérez.» Voy á colocarlo en el piano... veremos si ahora me piden que recite.

LUISA ¡Papá!

PÉREZ Déjame, déjame. Hay que imponer el arte... (Coloca en el piano su anuncio tapando el del baile.)

FED. (A Luisa.) ¿Sigue lo mismo?

LUISA Cada vez peor. Es imposible desengañarle... (Movimiento en el salón. Todos se acercan al piano leyendo el anuncio.)

MUÑ. (Gritando mucho.) ¡No, no!... De ninguna manera!... No se interrumpe el baile...

UNA VOZ ¡El intermedio!

OTRA VOZ ¡El monólogo!... ¡El monólogo!...

BELM. (Con Margarita y dirigiéndose á Pérez.) Sí, sí, díganos usted algunos versos amigo Pérez...

PÉREZ (Colocándose en el centro de la escena.) ¡Cómo!... ¿Quieren ustedes que?... ¡Es mucha honra, pero... no estoy preparado... (Se forma un círculo á su alrededor.)

MUÑ. (Metiéndose entre los grupos y hablando con unos y otros.) Si él mismo ha escrito el anuncio y lo ha puesto.

BELM. (A Pérez.) Entonces no quiero molestarle á usted... lo dejaremos para otra ocasión...

PÉREZ (Viendo que todos se van separando.) Bueno, bueno, me rindo á tanta súplica...

VOCES ¡Silencio!... ¡Silencio!... (Muñoz vase por lateral derecha.)

PÉREZ (Dando el ejemplar á Luisa y fingiéndose resignado.) Versos, hija mía. (Colocándose en una actitud dramática, que resulta cómica, y declamando con énfasis.)

Sevilla, Guadalquivir,
cual atormentais mi mente,

(Fermín por lateral derecha avanza hasta colocarse en el centro y dicé con voz muy entera.)

FER. El coche de los señores de Belmon, espera.

MUÑ. (Que ha salido detrás de Fermín riendo y frotándose las manos. Aparte.) ¡Toma versos!

PÉREZ (Asombrado.) ¡Qué! (Se vuelve furioso y se encuentra frente á Muñoz. Belmon y todos los invitados se separan de Pérez y suben hacia el foro.—Levantando la voz para fijar la atención.)

Cuál atormentais mi mente,
noche en que os ví de repente...

SRA. M. (Acercándose á Margarita que se ha quedado en primer término derecha.) Vamos, hija mía. ¿Dónde está tu marido?... ¡Belmon! ¡Belmon! (Se dirige al foro llamándole.)

PÉREZ (Esforzando aun más la voz.)

Noche en que os ví de repente
tras breves dichas huir...

(Interrumpiéndose al fijarse en que le han dejado solo, y con desesperación.) ¡No me escuchan!... ¡Qué grosería!... ¡Mercachifles! (Vase hacia el foro.)

FED. (Muy emocionado, acercándose á Margarita.) Margarita; salgo mañana para Inglaterra... ¡Sabe Dios si volveré! Antes de partir permítame usted que le dirija una súplica. ¡Haga usted feliz á mi hermano; lo merece!

MARG. (Distraída, arreglándose el traje.) Adiós, Federico, hasta la vista. (Tendiéndole la mano, que Federico estrecha. Se recoge el vestido con coquetería y va al encuentro de Belmon, que baja, tomando su brazo.)

FED. (Se queda un instante contemplándola y después se acerca á Planas, que en el primer término de la izquierda continúa fumando.) ¡Qué día tan feliz para todos! ¿Estarás muy contento? ¿No es verdad?

PLA. (Sentenciosamente.) ¡Sí, mucho, mucho! ¡Poco más ó menos, como tú!

TELON

ACTO SEGUNDO

Posesión de Belmon en Badalona. Salón artísticamente decorado, muebles de verano, mecedoras, etc. En el fondo un gran hueco que comunica con el arriate y figura estar á poca altura del jardín. Puertas laterales. A la derecha, en primer término, piano; inmediato á éste un musiquero lleno de papeles. Foro de jardln.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, la SEÑORA MUÑOZ, la SEÑORA GUERINI, la DONCELLA y el señor MUÑOZ, sentado en una mecedora y leyendo un periódico

SRA. GUER. (Acento ligeramente italiano) Este ritmo es más cadencioso. La... la... la... (Marcando á media voz.) Tiene mucho de canto flamenco. ¿Usted no ha oido el verdadero cante flamenco? ¡Oh! conmueve y entusiasma. Arrastrada por esas notas he recorrido yo España entera.

MARG. ¿Ha viajado usted con una compañía de cantadores?

SRA. GUER. Seis meses. El primer tocador de guitarra era primo mío.

SRA. M. (A la Doncella.) Decididamente que pongan el timbal de macarrones. (Vase la doncella foro.)

MUÑ. (Dejando de leer.) ¿Y por qué no me preguntas á mí si me gusta el timbal?

SRA. M. Porque ya lo sé.

MUÑ. Aquí no se me consulta para nada. Desde que estoy en Badalona, en la posesión de mi hija, veo que todo el mundo manda más que yo. Habrá que resignarse... Resignémonos. (Vuelve á leer.—Pausa.) ¡Caramba! Esto es sensacional. (A su mujer.) Oye lo que dicen de tu hija: (Leyendo.) «En cuanto á la »señora de Belmon, si no temiéramos ofen»der su modestia, repetiríamos las justas »alabanzas que se hacen en todas partes de »su belleza, de su talento y de la magnifi»cencia con que obsequia frecuentemente á »sus amigos.»

SRA. M. ¡Gracias á Dios que en un periódico se lee algo escrito con sentido común!

MUÑ. Lo que me extraña mucho es que no digan una palabra de su padre.

SRA. M Como tú no vas á ninguna parte...

MUÑ. Y eso, ¿qué importa?

SRA. GUER. Esta parte atáquela usted con valentía... (Tarareando.) La... la... lí... la... la... le...

ESCENA II

DICHOS y PÉREZ

PÉREZ (Viste traje claro de verano, pasado de moda; gabán al brazo, sombrero flexible, botas de color, botines blancos. Entra por el foro, donde se detiene un momento, llevando el compás con la mano, aplaudiendo con ínfulas de maestro.) ¡Brava, brava!... Admirablemente interpretado. Señora Guerini, ya sabe usted lo que la he recomendado al encargarla de la educación musical de Margarita, la expresión en la frase, la expresión sobre todo. Cuide usted mucho á esta discípula, no es del montón, circula por sus venas sangre de artista.

MUÑ. (Vivamente.) ¿Qué quiere usted decir? Ha de saber usted que ningún Muñoz de mi familia ha puesto jamás los pies sobre las tablas.

PÉREZ En cambio yo me envanezco por haber estado siempre sobre ellas.

MUÑ. Siempre, y hace un siglo que no tiene usted contrata.

PÉREZ Catorce años justos; pero eso no quiere decir que renuncie al arte. Ahora precisamente se me presenta una gran ocasión para trabajar de nuevo.

MARG. Me alegro mucho. Iremos á aplaudirle. ¿Quién le contrata á usted?

PÉREZ Pienso contratarme á mí mismo. Acaban de terminar un magnífico teatro en una población de la provincia. El negocio es redondo y venía á proponérselo á Belmon.

MUÑ. (Aparte á la señora Muñoz.) Y será mi yerno capaz de aventurarse...

SRA. M. (Idem á su marido.) ¡Quita! (A Pérez.) ¿Y Luisa? ¿Está buena? ¿Por qué no la ha traído usted?

PÉREZ Ha venido. En el jardín se queda cortando flores, entusiasmada al verse en el campo. Como disfruta tan de tarde en tarde de un día de asueto... Trabaja mucho; es como yo, siempre en la brecha...

MARG. (A la señora Guerini.) Con esta charla no es posible estudiar. Daremos un paseo por el lago. ¿Sabe usted remar, señor Pérez?

PEREZ ¡Señora! He representado *Benley ó el hijo de la noche*. He dirigido en la escena una balsa después de *El naufragio de la fragata Medusa*. He sido almirante de Castilla más de cien veces... ¡Figúrese usted si sabré remar!

MARG. Entonces, acompáñenos usted. (Se coge del brazo de la señora Guerini, dirigiéndose al foro.)

PÉREZ (Saludando con afectación.) ¡Señores!... (Aparte.) No ha saludado nadie de este modo desde que murió Romea. (Vanse foro.)

ESCENA III

LA SEÑORA MUÑOZ y MUÑOZ

MUÑ. Ya verás cómo atiende Belmon á ese visionario... Cuando recuerdo el trabajo que me costó arrancarle mi ruin establecimiento de comisiones...

SRA. M. ¿Y para qué? No pones los pies allí.

MUÑ. Porque me abruma el estar encerrado entre cuatro paredes, necesito aire, luz, la vida de los grandes centros, agitación, moverme, caminar, caminar. (Pasea á grandes pasos.) Por eso me encuentro ya hastiado de esta casa, de la que por muchas razones debemos marcharnos cuanto antes.

SRA. M. ¿Qué dices?

MUÑ. Sí; debemos irnos para que no nos salpique el barro que pisamos. Este es un puerto abierto á todos los explotadores, y... la ligereza de tu hija puede el día menos pensado ocasionarnos un serio disgusto.

SRA. M. ¿La ligereza de mi hija?...

MUÑ. Ya debes comprender á lo que aludo. Castell viene por aquí con demasiada frecuencia; pero tú no ves nada, no te fijas en nada, en dejándote comer y engordar tranquilamente...

SRA. M. Con efecto, ahora me haces caer... en que Margarita coquetea abiertamente con el socio de Belmon.

MUÑ. ¡Coquetear! Yo no he dicho eso...

SRA. M. ¡Vaya!

MUÑ. No lo he dicho; mas aunque así fuera, no hubiese aventurado nada. Cierto que á su esposo le incumbe velar por ella, pero éste vive sumido en un perpetuo sueño. ¿Dónde se encuentra ahora? En algún rincón ocupado en perfeccionar máquinas... ¡Hoy domingo!...

SRA. M. Tienes mucha razón: Margarita es muy imprudente, lo comprendo y me asusta la idea de que el mundo empiece á murmurar.

MUÑ. ¡Murmurar de mi hija! (Retrocediendo un paso y encarándose con su mujer.) Señora... Yo me llamo don Fernando Muñoz.

SRA. M. ¡Ya pareció aquello! Si eres tú el que has dicho...

MUÑ. (Muy sofocado.) ¡Yo! Imposible escucharte con calma. Me voy á los infiernos. (Coge los periódicos que hay sobre el velador y vase foro.)

SRA. M. (Siguiéndole.) Atiende á razones. (Vase.)

ESCENA IV

BELMON y PLANAS. Por la izquierda

BELM. Quédate á comer con nosotros.

PLA. No puedo. Tengo que ir esta tarde á la fábrica con precisión. He venido únicamente porque traigo cosas muy graves que comunicarte.

BELM. Habla. ¿Acaso el balance?

PLA. ¡El balance!... ¡Bonito resulta! Don Julio tiene el borrador y se ha encargado de presentártelo; pero no se trata de eso, me preocupan otros asuntos más importantes.

BELM. ¿Qué ocurre?

PLA. No lo sé... Desde hace un año, precisamente desde la fecha de tu matrimonio, Castell vive como un loco, no se ocupa para nada de la casa, está metido á todas horas en ese casino endiablado... juega... y pierde... ¡paga la novatada, como él dice... y diariamente acude á la caja... Estoy aburrido, desesperado.

BELM. ¡Bah! Tú le das á eso demasiada importancia. Es hijo de gente rica, está acostumbrado á gastar sin tasa, porque no conoce el valor del dinero, y como es joven se divierte.

PLA. Hasta ahora nada he querido decir; pero ayer pidió una cantidad importante.

BELM. ¿Cuánto?

PLA. ¡Diez mil duros!

BELM. ¿Se los has dado?

PLA. Sí.

BELM. Bien hecho.

PLA. Aunque me dijo que te hablaría, he creído que era mi deber prevenirte.

BELM. Alguna deuda de juego. Una vez pagada quedará tranquilo.

PLA. No lo espero. Me figuro que en esos extravíos hay de por medio... faldas.

BELM. ¡Una mujer!... ¡Imposible! Julio adora á su esposa y á los dos años de casado no se atre-

veria á engañarla... Tú no comprendes esto, porque eres un solterón egoista.

PLA. Existen indicios. Le han visto acompañado y tú como socio debías procurar informarte...

BELM. ¿Inspecionar su conducta? ¡Jamás!

PLA. ¡Entonces!

BELM. Sin embargo; si se comprueba que lo que dices es cierto, le hablaré en nombre de su hijo, á quien quiero tanto como si fuera mío... aunque francamente no participo de tus temores.

PLA. ¡Ojalá lo fueran! pero como yo no estoy ni dominado ni abstraído, veo con claridad sin cerrar los ojos ante los hechos, de que no me conviene enterarme.

BELM. No te entiendo.

PLA. Es posible. Quizá muy pronto se hará la luz en este asunto.

BELM. Chist. Viene gente, vamos á mi despacho.

PLA. Me vuelvo á Barcelona.

BELM. Ya te irás, ven. (Vase por la izquierda.)

PLA. (Aparte, siguiéndole.) Este hombre es un desgraciado ó un infame.

ESCENA V

MARGARITA y JULIO

MARG. (Por el foro seguida de Julio.) ¿Viene usted á ver á mi esposo ó á verme á mí?

JULIO A Belmon.

MARG. ¡Jesús!... ¡Vaya un tono!... Amigo Julio, resulta usted tan impertinente como un marido. ¿Conque ya no quiere usted nada conmigo?

JULIO ¿Para qué? ¿Para sufrir nuevos desengaños?

MARG. ¡Siempre quejoso!

JULIO ¿Y no tengo razón?

MARG. Ninguna, porque yo he correspondido con creces á su cariño de usted, agradeciendo en el alma sus atenciones.

JULIO Si no es eso lo que yo ambiciono. Deseo que me quiera usted á mí, á mí solamente.

MARG. Creí que tenía usted más penetración para comprender en qué se funda el odio que profeso á Clara.

JULIO ¡Margarita!

MARG. Sí; ella al casarse con usted me arrebató todas mis ilusiones. Y luego cuando ha visitado mi casa, se ha burlado de mis muebles, se ha reido de mis peinados, de mis trajes; tiene razón, soy una mujer muy oscura; pero en cambio sé amar con más vehemencia, y cuando entrego á un hombre mi corazón, como se le he entregado á usted, le pertenece por completo.

JULIO ¿Es decir que me ama usted todavía?

MARG. ¡Oh, sí, por eso la aborrezco!

JULIO Pues bien, ¿quieres que termine de una vez esta horrible vida? Estoy dispuesto á sacrificártelo todo, nombre, porvenir, familia... Huyamos, vamos á disfrutar de nuestra felicidad lejos de estos sitios.

MARG. (Con frialdad.) ¿Está usted loco? Eso es romántico, mejor dicho, tonto. Antes de lanzarse á una aventura así, es preciso meditarlo muy detenidamente, apreciar bien á la persona en quien depositamos nuestro cariño... y usted no me conoce. Oiga usted. Allá en el quinto piso de la fábrica hay una enorme y desmantelada habitación con una gran ventana, apenas resguardada por miserables vidrios rotos, que en invierno dejan penetrar un frío aterrador y en el verano un calor horrible. Allí he trabajado durante meses, años, contemplando enfrente las habitaciones de los dueños, soñando con las maravillas que encerraba aquella casa. ¿Cree usted que después de haberla conquistado, después de haber entrado en ella con la cabeza alta, como dueña y señora, voy á tirarlo todo en un segundo? ¡Qué tontería! ¡Calma, calma!

JULIO Imposible. ¡Esta vida es un perpetuo martirio! Al creerme olvidado por usted, y para aturdirme, me he lanzado por un camino

desastroso. Las mujeres, el juego, todo lo he apurado sin conseguir mi propósito.

MARG. ¡Excelente remedio! Para curarse de una simple molestia, se ha encenagado usted en el vicio.

JULIO Todo era preferible á soportar tan crueles decepciones. Mi fortuna ha sufrido golpes muy rudos, mi crédito desfallece, dentro de pocos días debo satisfacer el último plazo de esta quinta, regalada á Belmon para complacerla á usted. Los acontecimientos se precipitan y pronto...

MARG. (Con mucha frialdad.) Tranquilidad, Julío, tranquilidad.

JULIO Ayer mismo he tomado de la caja diez mil duros perdidos sobre el tapete.

MARG. ¡Diez mil duros! ¡Qué lástima!

JULIO Ya sabe usted que el balance que debo presentar á mi socio es falso.

MARG. No nos precipitemos, todo se arreglará.

JULIO La fuga...

MARG. Eso de ningún modo.

ESCENA VI

DICHOS y PLANAS

PLA. (Por la izquierda.) Perdonen ustedes que los interrumpa; acabo de saber que estaba usted aquí y vengo á ponerme á sus órdenes por si desea que presentemos á Belmon los borradores del balance.

JULIO No se ocupe usted de eso, yo me encargo de dar á mi socio las explicaciones necesarias.

PLA. Está muy bien

MARG. (Cogiendo el brazo de Julio.) Vamos al jardín, verá usted las maravillas que tengo ahora en la estufa. (Bajo al dirigirse al foro.) ¡Hay que desconfiar de este hombre... es nuestro mayor enemigo! (Vánse.)

ESCENA VII

PLANAS

(Mirándolos hasta que desaparecen.) Estoy seguro. ¡Esta es la mujer! Por ella ó para ella se roba el dinero de la caja. La resolución ha sido acertada. Federico, llamado por mí, llegará de un momento á otro, él hablará con su hermano, le hará conocer su desgracia: y si vacila... si duda... yo le ayudaré.

ESCENA VIII

PLANAS, LUISA y la SEÑORA MUÑOZ

SRA. M. Entre usted, hija mía; en este saloncito no se siente el calor

PLA. (Saludando.) ¡Señoras!

SRA. M. ¡Amigo Planas! No sabía que estaba usted en la quinta.

PLA. Asuntos urgentes... pero me retiro ya.

SRA. M. Siempre tan uraño...

PLA. Uraño no; esclavo de mis obligaciones. A los pies de ustedes. (Vase por la derecha.)

ESCENA IX

LA SEÑORA MUÑOZ y LUISA

SRA. M. ¡Qué deditos; no pueden estar quietos ni un instante! (Luisa se ha sentado en una butaca, colocando sobre su falda gran cantidad de flores, con las que hace un ramo.)

LUISA La costumbre: además, adoro las flores.

SRA. M. Pero trabaja usted demasiado. Esto me recuerda otros tiempos que no olvidaré nunca.

LUISA ¡Tiempos dichosos en los que estábamos juntos á todas horas! Entonces el trabajo no se hacía pesado; las flores y los pájaros

pasaban por mis manos con rapidez vertiginosa.

SRA. M. Era natural: siempre había allí personas que la distraían á usted, que la animaban.

LUISA Sí; usted, Margarita, don Fernando.

SRA. M. Y Federico, tan cariñoso, tan alegre...

LUISA (Conmovida.) ¡Ah, sí! Federico...

SRA. M. Yo creí que todas aquellas atenciones terminarían en boda.

LUISA ¡Jesús!

SRA. M. ¿Qué tenía de extraño? Y no era yo sola la que lo esperaba; había otra persona...

LUISA ¿Quién?

SRA. M. Mi yerno. Hablaba con frecuencia de ese asunto y se hubiera alegrado mucho de que se realizase.

LUISA Francisco quizá; pero Federico no ha pensado nunca en mí... soy una pobre obrera.

SRA. M. También ellos han sido humildes trabajadores. Pues sí; cuantas veces me decía al verlos á ustedes juntos: «¡Qué pareja tan encantadora!» (Volviéndose al sentir á Federico que aparece en el foro, lanza un grito de alegría.) ¡Ah! ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría!

ESCENA X

DICHAS y FEDERICO, que entra pausadamente

SRA. M. ¡Federico! ¿Usted aquí? ¿Cuándo ha llegado usted?

FED. (Con gravedad.) Hace una hora. ¿Y mi hermano?

SRA. M. Muy bien. (A Luisa, que manifiesta gran turbación.) ¿Pero qué es eso? Se ha puesto pálida. . va á desmayarse... (Se acerca á Luisa.)

FED. (Aproximándose á Luisa y con interés.) ¡Luisa!... ¿Qué tiene usted?

LUISA Nada... El calor... Las flores... (Sonriendo.) Ya pasó.

SRA. M. Voy á dar á todos la agradable noticia. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XI

LUISA y FEDERICO

Después de una pequeña pausa Federico se sienta al lado de Luisa, que se ha cubierto la cara con las manos tratando de ocultar su emoción

FED. Usted no me había olvidado, ¿verdad?

LUISA No.

FED. Gracias: precisamente en estos momentos mi corazón se ensancha al hallarse cerca de usted, mujer honesta, pura, al fijar la vista en esos hermosos ojos que nunca han mentido. (Bajando la voz.) ¿Viene usted con frecuencia á esta casa?

LUISA No. Vendría más á menudo; pero me falta tiempo.

FED. ¿Y su padre de usted?

LUISA El sí, mucho Su hermano de usted es muy bueno y le recibe siempre con agrado.

FED. (Aparte.) ¿Serán ciertas las sospechas de Planas? (Alto.) ¿Y... ella?

LUISA ¿Quién?

FED. ¡Margarita!

LUISA Siempre igual; un poco aturdida, algo ligera, pero buena. Cuando está en Barcelona sube muchas veces hasta mi quinto piso y pasa largas horas haciéndome compañía; entonces hablamos del pasado y su nombre de usted suena á menudo.

FED. ¿De veras?

LUISA Sí. Ella parece despertar esos recuerdos con placer, y yo con una alegría indecible porque en ellos está encerrada la única felicidad de que he disfrutado en esta vida.

FED. También yo en mis soledades, allá en lejanas tierras, he pensado mucho en usted.

LUISA ¿Sí?

FED. Para fortalecer mi espíritu traía á la memoria su vida de usted, siempre encerrada, trabajando.

LUISA — Eso no me violenta ni tiene nada de meritorio. Las calles me dan miedo; mi defecto físico inspira risa; los chicos se burlan imitándome. A veces también, al pasar, dicen algunos: «¡Qué lástima!» Y, cuando lo oigo, le confieso á usted que me aflige extraordinariamente.

FED. — ¿Por qué? Usted exagera. Esa pequeña imperfección apenas se nota y hasta puede pasar por coquetería.

LUISA — Lo mismo decía mi pobre madre; pero no es exacto. ¡Se conoce!... ¡vaya si se conoce!... Por lo demás, me distraigo con la labor, en cuidar á mi padre y en cuidarme... soy la última de los Pérez, de esa ilustre dinastía artística, como dice él, y aunque no pueda brillar en el teatro, tengo también mis ilusiones... ilusiones encantadoras, á favor de las cuales paso la vida esperando... no sé qué... pero sin embargo espero.

FED — ¡Valiente y resignada como una mártir! Es usted digna de las mayores venturas.

BELM. — (Dentro.) ¿Dónde está? ¿Dónde está? (Federico se levanta al oir la voz de Belmon.)

ESCENA XII

DICHOS y BELMON

BELM. — (Por la izquierda.) ¡Federico! ¡Federico!

FED. — (Abrazándole.) ¡Querido hermano!

BELM. — (Demostrando inmensa satisfacción.) ¡Qué alegría!... ¡Qué felicidad!... ¿Por qué no me has avisado la llegada? ¿Supongo que tu regreso no obedecerá á ningún motivo desagradable?...

FED. — No

BELM. — Entonces es que vuelves porque te atrae nuestro cariño. ¡Esto es lo que yo esperaba! (Fijándose en Luisa.) ¡Ah! muy bien, apenas has llegado y ya te veo agradablemente entretenido. Lo celebro.

LUISA (*Levantándose.*) ¡Ea, se concluyó el ramo!... ¡Qué hermosas son las flores... no viven más que un día, pero alegran el alma! Hasta luego. (*Vase foro.*)

ESCENA XIII

BELMON y FEDERICO

BELM. ¡Abrázame otra vez!... ¡Figúrate que estaba en el estudio rectificando los planos de mi nueva máquina!... Porque... tú no sabes... he inventado una máquina de estampación, superior á todas las conocidas... ¡Un prodigio! Simpson, el gran fabricante Norte-americanô, vió ayer el modelo, y en el acto me ofreció treinta mil duros por la patente.

FED. ¿Y aceptaste?

BELM. No; le contesté que yo trabajaba para España, y sobre todo para la casa Castell. (*Abrazando de nuevo á su hermano.*) ¡Soy dichoso, muy dichoso, querido Federico! Todo me sonríe; tengo un socio que es para mí un hermano, nuestros asuntos marchan cada vez mejor.

FED. ¿Estás seguro?

BELM. Segurísimo. He tenido este año cien mil pesetas de utilidad por mi participación, según los borradores del balance que me han presentado. Margarita es compañera modelo, mujer angelical que me adora. Unicamente hay una nota negra en tan agradable concierto; ese demonio de Planas se ha empeñado en ver por todas partes peligros, y me angustia con sus temores. Pero dejemos eso ahora y no pensemos más que en el placer de encontrarnos reunidos. ¡Ah! mira, antes de que acudan todos á saludarte ven y te enseñaré el modelo de mi máquina, quiero que me des tu opinión. (*Voz de Margarita en el foro.*) Margarita. Espera. He encargado que le oculten tu llegada. ¡Verás qué alegrón!

ESCENA XIV

DICHOS y MARGARITA, y JULIO que le da el brazo

BELM. (Adelantándose á su encuentro) ¡Mira quién está aquí!

MARG. (Asombrada.) ¡Federico!

BELM. ¿Te esperabas esta agradable sorpresa? A que no. (Fijándose en Julio.) ¡Hola! Julio ignoraba que hubiese usted venido... Como hoy es fiesta, le hacía á usted con su familia.

JULIO (Cortado) Tengo que hablar con usted de un asunto importante; y... Federico, dispense que les interrumpa en estos momentos. (Entre Margarita y Julio, se cruzan miradas de inteligencia.)

FED. (Aparte mirando á Julio y Margarita alternativamente.) Planas no ha mentido. Esta mujer es una infame, y ese hombre es un canalla. ¡Pobre hermano mío!

MARG. (Parece reponerse poco á poco de la sorpresa y se acerca resueltamente á Federico, mientras, Belmon habla con Julio en el otro extremo.) ¡Bien venido, Federico! No sabe usted cuánto me complace su regreso. (Le tiende la mano, Federico no se la toma, ambos se miran fijamente.)

BELM. (A Julio.) Perfectamente. Disponga usted á su antojo. Ya liquidaremos. Con su permiso, voy á enseñarle á mi hermano... (A Margarita.) En seguida te le devuelvo. Vamos. (Vase por la izquierda, llevándose á Federico.)

ESCENA XV

MARGARITA y JULIO

JULIO ¡Federico aquí!

MARG. No me ha sorprendido, le aguardaba, y aun ha tardado más de lo que yo suponía. Ya se lo he dicho á usted, el cajero es nuestro

mayor enemigo, él ha sido el que ha hecho venir á ese hombre.

JULIO ¿Supone usted que Planas?...

MARG. Estoy completamente segura. Este regreso precipitado.. su actitud al encontrarse con nosotros... el desprecio con que me ha mirado... No hay duda: lo sabe todo y viene resuelto á decírselo á mi marido.

JULIO No le creerá.

MARG. A cualquier otro no le creería, á Federico sí.

JULIO ¿Y las pruebas?...

MARG. Por desgracia no faltan; sin ir más lejos, ese balance falso... Es absolutamente preciso que desaparezca usted de aquí por algún tiempo.

JULIO ¿No verla á usted? ¡Imposible! Me olvidará usted. En el torbellino de esa vida agitada mi recuerdo se borrará fácilmente. Además, ¿de qué sirve que ese hombre no me vea? El pasado existe; si lo conoce y está decidido, hablará, sin que mi ausencia lo evite; al contrario, es preciso que yo esté aquí para contenerle... Y si trata de comprometernos...

MARG. ¡Un desafío!

JULIO Sí. Tengo el derecho de defender mi felicidad. Estoy pagando á buen precio contados instantes de dicha. Eres mía y no he de permitir que nadie intente arrebatarme mi tesoro.

MARG. Pero hay que evitar el escándalo. ¿Me entiendes? Pruébame una vez más tu amor.

JULIO (Subyugado.) ¿Qué quieres que haga?

MARG. Obedecerme; no pido más que ocho, diez días... Después...

JULIO (Dominado.) Sea. ¿Tendré noticias tuyas?

MARG. Diariamente irá á dártelas la señora Guerini.

JULIO ¿No dejarás de amarme?

MARG. (Con acento apasionado.) ¡Nunca!

BELM. (Dentro dando grandes carcajadas y llamando.) ¡Julio! ¡Julio! Venga usted.

MARG. Belmon te llama, procura despachar pronto y vete. (Margarita sube hacia el foro, Julio pretende

besarle la mano y ella le rechaza.) No, no. Vete, vete. (Vase Julio por la izquierda.)

ESCENA XVI

MARGARITA. Después FEDERICO

MARG. (Cuando desaparece Julio suspira con fuerza.) ¡Se fué! ¡Gracias á Dios! (Se mira al espejo, componiéndose el peinado y arreglándose el vestido, se sienta en el sofá y adopta una postura incitante. Federico entra por la izquierda pausadamente mirando en torno. Aparte.) ¡El otro!

FED. (Acercándose á Margarita. Pequeña pausa.) Señora, reciba usted mi enhorabuena. Está usted admirablemente instalada. ¡La posesión es magnífica! (Bajando la voz y mirándola fijamente.) ¿A quién debe usted todo este lujo, toda esta riqueza, á su marido ó á su amante?

MARG. (Con mucha calma, reclinándose en el sofá y sin levantar los ojos.) ¡A los dos!

FED. ¡Ah! Confiesa usted que tiene un amante... Hace usted bien: ¡el fingimiento es inútil! Ya estarán satisfechas sus aspiraciones. ¡Belmon su marido, Castell su amante, toda la razón social es de usted!... ¡Miserable!... (Pausa. Acercándose á Margarita y conmovido.) Margarita, ¿ha pensado usted en toda la afrenta que su conducta arroja sobre el nombre de su marido? Seguramente no. Aturdida por locos devaneos no ha meditado usted las consecuencias de su falta. Francisco, es ya en estos momentos cruelmente censurado, hay quien le supone capaz de conocer su desgracia y aceptarla resignadamente. Eso no es verdad, usted lo sabe muy bien. Mi hermano es bueno, ha depositado en usted todo su cariño y vive feliz, sin sospechar siquiera engaños ni perfidias; ocupado constantemente en sus trabajos... es un sonámbulo, mira sin ver. Usted ha abusado indignamente de su generosidad, usted le ha ven-

dido, pero ya estoy yo aquí; resuelto á conservar el nombre de mi familia limpio de toda mancha, cueste lo que cueste. Dígale usted al señor Castell que no vuelva á pisar esta casa porque si no....

MARG. (Con calma.) Si no ¿qué?...

FED. Yo le arrojaré de ella y le diré á mi hermano lo que sucede. Entonces conocerá usted á Belmon, no al ser ductil, del que ha dispuesto usted á su capricho, si no al Belmon pundonoroso, que cuando llegue á conocer todo el alcance de su deshonra, la matará á usted.

MARG. ¡Bah! (Reclina la cabeza sobre el sofá y se sonríe.)

FED. ¿Duda usted? ¿No le inspira miedo la justa indignación de su esposo? ¡Tanto ama usted al señor Castell!

MARG. ¡Querer yo á ese hombre!... Tengo el alma llena de otro amor.

FED. ¡Otro amor!..

MARG. (Con vehemencia.) Sí, de otra pasión que me subyuga por completo; por la que me siento dominada, á la que obedecen todas mis locuras y que en vano trato de reprimir porque es más fuerte que mi voluntad... Un amor criminal que me arrastra á pesar mío. (Margarita parece muy exaltada mirando fijamente á Federico.)

FED. ¿Qué quiere usted decir?

MARG. (En voz baja y reconcentrada) Que la imagen de un hombre llena por completo mis sentidos absorbe mi pensamiento... y... ese hombre... es .. usted.

FED. ¡Yo!...

MARG. Sí.

FED. (Aterrado.) ¡Oh! ¡Calle usted!... ¡Calle usted!... Eso no es posible.

MARG. A despecho de la razón, es cierto. ¿No me cree usted cuando desgarro con mis propias manos mi corazón para decir toda la verdad? ¡Esta es la mayor de mis torturas!... Sí; le amo á usted desde hace mucho tiempo; pero he tenido el valor de ahogar esta pasión, de sugetarla, para que no muriese de pena una pobre niña desheredada de la fortuna, que

sufría en silencio y que cifraba en usted todas sus esperanzas.

FED. ¡Ah, Luisa!

MARG. (Asintiendo.) En un arranque generoso de esos que sólo se tienen en la juventud, quise sacrificarme por ella y rechazé su amor de usted cuando pude obtenerlo, pretendí verla feliz aun á costa de mi dicha, creí que contaba con fuerzas bastantes para sostener la lucha y vencer, pero me engañaba. Cuando se separó usted de nosotros comprendí que mis esfuerzos eran inútiles, porque ni una hora, ni un instante, he podido olvidarle á usted.

FED. No siga usted; si continúo oyéndola me volveré loco; pero si eso es cierto, ¿por qué se ha casado usted con Francisco?

MARG. Uniéndome á él no me separaba de usted; ya que no podía ser su esposa, podía ser su hermana, y amarle á los ojos del mundo.

FED. ¡Margarita!

MARG. Aquello era un sueño. ¡Un delirio! Y al fin caí vencida. Arrebatada por mi desesperación he procurado aturdirme... enloquecerme... no sé lo que he hecho... habré sido culpable, no lo niego; pero usted no puede sentenciarme, porque es la verdadera causa de todas mis desdichas. (Pausa. Federico se deja caer en una butaca abatido. Margarita le mira fijamente y dice aparte:) ¡Ya es mío! (Acercándose á Federico.) ¿Aun duda usted, Federico?

FED. Sí.

MARG. Entonces no vacile usted en decirle á su hermano que soy criminal, y si él lo cree justo que me mate, le aseguro á usted que recibiré el castigo hasta con alegría, la muerte no me espanta después de haberle dicho á usted que le amo.

FED. ¡Oh, calle usted, por piedad, no quiero oirlo, necesito olvidar lo que ha dicho usted! (Voz dentro de Belmon, que sale por el foro seguido de todos. Federico se levanta.)

ESCENA XVII

DICHOS, BELMON, la SEÑORA MUÑOZ, LUISA, la SEÑORA GUERINI, PÉREZ y MUÑOZ

MUÑ. ¡Vaya un almirante de Castilla que por poco nos hace naufragar en el estanque!

PÉREZ (Quedandose en el foro.) Yo no he tenido la culpa, han faltado remeros.

BELM. (Señalando á Federico.) Ahí está.

MUÑ. (Estrechando la mano de Federico.) ¿Conque al cabo vuelve al redil la oveja descarriada?

PÉREZ. (Desde el foro, en actitud teatral, abriendo desmesuradamente los brazos.) ¡A mis brazos, hijo mío, á mis brazos!

FED. (Abrazando á Pérez.) ¡Amigo Pérez!

LUISA (Bajo á Pérez.) ¡Qué dichosa soy, padre mío!

PÉREZ (A Luisa.) ¿Por qué? ¡Ah, sí! La satisfacción de verte en el campo...

MARG. (Bajo á la señora Guerini sin parecer hablarle mientras ésta busca un papel de música.) He pasado un miedo horrible, pero al fin puedo cantar victoria.

SRA. GUER. (Idem.) Desconfíe usted. El mozo es de cuidado.

MARG. (Con desprecio.) ¡Pobrecillo! ¡Ahora fácilmente podré conseguir que caiga en sus propias redes... querrá verme... hablarme... no ha de lograrlo, y se comprometerá; estoy segura, ¡se comprometerá!

TELON

ACTO TERCERO

Habitación humilde, que se supone en un quinto piso. Muebles pobres, pero limpios y bien ordenados. Puerta al foro, que al abrirse deja ver la barandilla del corredor. A la izquierda ventana grande, por la que únicamente se distinguen tejados de otras casas; delante de la ventana, mesa camilla, sobre la que hay flores artificiales, pájaros disecados, tijeras, alambre, etc., etc. Al lado de la mesa, gran sillón que ocupa Luisa, al lado una silla baja sobre la que apoya los pies. A la izquierda en segundo término puerta. A la derecha mesa, y encima formas de sombreros y cajas de distintos tamaños. Sobre la mesa, en la pared, espejo de tamaño regular. En el paño del foro, á la derecha de la puerta de entrada, una corona grande de hojas de laurel y papel dorado con cintas anchas formando pabellón.

ESCENA PRIMERA

LUISA, FEDERICO y PÉREZ

PÉREZ (Tiene colgada al brazo una caja grande cerrada por una correa de las que usan las sombrereras.) Amigo Federico, perdone usted que no le haga la visita, pero es sábado y hay que entregar.

FED. Está usted cumplido. Además que tampoco por primera vez tengo el gusto de quedarme acompañando á Luisa.

PÉREZ (Bajo á Luisa.) De paso voy á entrar en la fábrica para hablar á Belmon; necesito que

me dé una respuesta categórica sobre mi proyecto de empresa teatral.

LUISA ¿Tienes esperanzas aún?

PÉREZ ¡Más que esperanzas! Cosa hecha. ¿Cómo es posible que desprecie negocio tan brillante? (Se coloca ante el espejo, se mira, se cepilla, se arregla detenidamente y saca del bolsillo unos guantes viejos que se pone.)

LUISA (Bajo á Federico.) ¿Le ha dicho á usted algo su hermano?

FED. ¿De qué?

LUISA De un asunto que le ha propuesto mi padre.

FED. Ni palabra.

PÉREZ (Cogiendo la caja.) Cuando pienso en que el Walter de *La Huérfana de Bruselas*, el Glocester de *Los hijos de Eduardo*, el *Don Alvaro* de *La fuerza del sino*... ¡yo!... va todos los sábados cargado de esta manera... ¡Ah! Si los abonados del teatro de Reus me viesen... ellos que me arrojaron esa corona la noche de mi beneficio... (Señalando la corona.) En fin, paciencia. ¡Hasta luego!

LUISA ¡Adiós! (Vase Pérez foro.)

ESCENA II

LUISA y FEDERICO

LUISA (Señalando á Federico la silla baja colocada á sus pies.) Venga usted aquí, Federico, á su antiguo sitial, que hace quince días está esperándole. Cuando nos vimos en Badalona, me prometió usted venir, y...

FED. (Sentándose en la silla baja) Perdón, Luisa... los quehaceres... además he sufrido contrariedades... disgustos...

LUISA ¿Qué es ello?

FED. No pretenda usted conocer mis desdichas, compadézcame únicamente. Fatigado, rendido de luchar, busco refugio al abrigo de este puerto. En adelante, todos los días vendré.

LUISA (Con alegría.) ¿Todos los días?

FED. Sí; hasta que me vaya.

LUISA (Con tristeza.) ¿Marcharse otra vez?

FED. Es posible... ó tal vez no .. ¡qué sé yo!... tengo tantos proyectos... ¡Ah! sepa usted que somos vecinos. Se hallaba casualmente desalquilado el cuarto que tuvimos mi hermano y yo, y le he tomado.

LUISA ¿De veras? ¡Cuánto lo habrá sentido Francisco!

FED. Mucho; pero necesitaba vivir en la capital.

LUISA (Con mucha alegría.) ¿Conque vecinos como antes? ¡Qué alegría! ¡La vida empieza de nuevo para mí! ¡Con qué satisfacción trabajaré ahora! ¡Ya no dirán que mis flores y mis pájaros llevan marcado un sello de tristeza! ¡Cualquiera diría que sienten mis pesares! Así, cuando estoy alegre, ellas reviven y ellos abren las alas, animan sus ojos brillantes... Mire usted, parece que van á volar.

FED. Es que á su lado de usted se respira un ambiente puro y honrado que da la vida y mantiene la esperanza. Estoy seguro de que en este asilo encontraré la paz.

LUISA ¡Pobre Federico! Cuénteme usted lo que le pasa, yo procuraré consolarle.

FED. Imposible.

LUISA ¿Por qué? El depositar nuestras penas en el seno de la amistad produce inefable consuelo.

FED. Usted no puede comprender las mías.

LUISA Soy maestra en amarguras, doctora en sufrimientos, y sin embargo no me desanimo. Cuidando de ese anciano que vive de ilusiones, marchitas las más, paso la existencia esperando que alguna vez, si no en este valle de lágrimas, en el cielo, encontraré la recompensa.

FED. ¡Oh, sí! Usted obtendrá todo lo que merece su virtud acrisolada. Esa fe me alienta. Continúe usted hablando, que esa voz armoniosa resuene constantemente en mis oídos para que mi espíritu se fortalezca. Figúrese usted que tiene á sus pies una criatura que,

después de haber cometido graves faltas, viene arrepentida á pedirle perdón.

LUISA Todos los pecados pueden conseguir indulgencia.

FED. Cuide usted de mí, encamine mis pasos, como si tratara con un niño grande.

LUISA ¿Otro más? ¡Ya tengo dos! Y usted, de fijo, será más rebelde que el otro. Ahí está. (Entra Pérez por el foro triste y abatido, trae la caja colgada al brazo. Luisa y Federico, al verle, se levantan. Avanza pausadamente.)

ESCENA III

DICHOS y PÉREZ

FED. ¿Tan pronto de vuelta?

PÉREZ Sí.

LUISA ¿No has ido al almacén?

PÉREZ No. (Se para en el centro de la escena.)

FED. Pero... ¿qué le pasa á usted?

LUISA (Alarmada.) ¿Qué te ocurre? Vamos, dí.

PÉREZ (Declamado y con amargura.)

«Ya todo terminó, ya mi esperanza
en abismo sin fondo se derrumba.»

(Hablado.) Nunca se habrán declamado estos versos con tanta verdad. Me he encontrado á Belmon; el negocio no se hace, ¡no tiene dinero!... (Se limpia una lágrima, deja la caja y cae en una silla desfallecido.) ¡Qué desgraciado soy!...

LUISA ¡Papá!

PÉREZ Vivir durante catorce años alimentando una esperanza para verla hoy deshacerse como el humo... haber aceptado con resignación el ser mantenido por el trabajo de mi santa mujer y de mi hija, confiado en poder recompensarles un día tantos sacrificios, y ahora...

LUISA ¡Oh! calla, calla.

PÉREZ (A Federico.) Sí, oigalo usted, por ellas he podico conservar el sagrado amor al arte; pero ya todo ha terminado.

LUISA ¡Vamos!...

PÉREZ ¡Déjame, déjame, el artista ha muerto!

FED. (Bajo á Luisa.) ¿Por qué no aprovecha usted esta circunstancia para convencerle?

LUISA Tiene usted razón, sería oportuno; pero no me atrevo...

FED. ¿Quiere usted que yo trate?

LUISA No. Yo se lo diré. (Acercándose a Pérez y con mucho cariño.) Oye.

PÉREZ Calla, Luisa, calla. Ya sé lo que vas á decir, que no tengo el derecho de arrinconarme, que mi pasado me obliga, que debo mantener mi elevada reputación artística... Todo inútil, mi resolución es inquebrantable; no insistas. .

LUISA Al contrario, me alegro mucho de que pienses así, porque yo también padezco horriblemente cuando veo lo injustos que son todos contigo. Es preciso demostrarles que no los necesitas para nada, y que estás decidido á pasarte sin ellos... (Mirándole fijamente y hablando con temor.) ¡A tus años... con tu talento... con tu importancia... sufrir esos desaires es muy doloroso... y... no debes exponerte á recibirlos de nuevo!

FED. Si mi hermano no ha querido ayudarle á usted en esta ocasión, peor para él, ya le pesará, porque no se encuentran muchos negocios tan seguros.

PÉREZ ¡Figúrese usted, la apertura de un teatro nuevo, y con Pérez!

FED. ¡Digo!

PÉREZ ¿Por qué no toma usted la empresa? Se necesita poco dinero...

FED. Desgraciadamente mis recursos no me lo permiten.

PÉREZ ¡Qué lástima!

LUISA Nada, nada, puesto que nuestros esfuerzos resultan inútiles .. puesto que todo el mundo nos abandona... lo mejor... lo más oportuno... es... que... renuncies para siempre al teatro.

PÉREZ (Con extraordinario asombro y gran indignación.) ¡Cómo! ¿Qué dices?... ¡Renunciar!... ¿Renun-

ciar yo al teatro?... ¿Y eres tú quien me lo aconseja?... ¡Tú!...

LUISA No te enfades... Quise decir... No has entendido bien.

PÉREZ He comprendido perfectamente. ¡No me faltaba más que este golpe supremo! ¡Mi hija, mi propia hija, pone en tela de juicio el mérito de su padre y le propone que se retire!

LUISA (Asustada.) ¡Cálmate, por Dios! Repito que no me has entendido... Yo soy la primera en admirarte, en venerarte... ¿Cómo he de dudar yo de tus merecimientos?

FED. Tranquilícese usted...

LUISA Si en un momento de ofuscación he pensado... he dicho que debías renunciar á tus ideales, fué porque me figuraba verte abatido, vacilante. . porque creí que así lo querías tú también... pero reconozco mi error y me arrepiento. Lucharemos todavía, lucharemos hasta vencer.

FED. Justo.

LUISA Vamos, dame un beso. ¿Me guardas rencor?

FED. Vaya, señor Pérez, no se hable más de ello. Hay que tener fortaleza, distraerse...

PÉREZ (Con ademán trágico y estrechando las manos de Luisa y Federico.) Imposible de todo punto, la herida es muy honda.

FED. ¡Se me ocurre una idea! Vámonos á comer al campo.

PÉREZ (Animándose.) ¡Magnífico!

FED. Una comida alegre, en familia, como *in illo tempore.*

PÉREZ Sí, sí. (Cambiando rápidamente de expresión.) No, no... mi pena reciente me lo impide; aguaría la fiesta.

LUISA Nosotros te animaremos.

FED. Decidido. ¿Va usted á desairarme y privar á su hija de la diversión?

PÉREZ ¡Mi hija! Mágica palabra. (Resignado.) Está bien, cedo; me sacrificaré por ella. (A Luisa.) Vé á vestirte.

FED. Muchas gracias, amigo Pérez.

PÉREZ (De pronto, como asaltado por una idea repentina.) Si no puede ser... nada... no puedo ir.

LUISA ¿Por qué?

PÉREZ (Convencido.) Porque... no tengo botas de color.

FED. (Muy admirado.) ¡Botas de color!

PÉREZ Las que tenía exhalaron el último suspiro en Badalona, (A Luisa.) ya lo sabes.

LUISA (Sonriendo.) Es cierto; pero no creo de absoluta precisión...

FED. Seguramente; no nos echarán de ninguna parte porque llevemos botas negras.

PÉREZ (Muy serio.) Permítame usted... permítame usted... En punto á indumentaria, no admito lecciones. He representado mil veces papeles en los que figuraba ir á pasar el día en los alrededores de la ciudad, y, por consecuencia, conozco perfectamente cómo debe vestirse. Terno claro, gabán al brazo, sombrero flexible, bota de color... Esto es indispensable, no se puede ir al campo sin tales requisitos.

FED. Si usted lo considera ineludible...

LUISA Cómprate las botas.

PÉREZ (Bajo á Luisa.) ¿Puedes...?

LUISA (Idem.) No sé.

PÉREZ Es verdad, como no he llevado la labor... Le diré á Federico que nos preste...

LUISA (Asustada.) De ningún modo. Toma. (Bajo, dándole el bolsillo.) Te suplico que no las compres muy caras.

PÉREZ (Bajo.) Descuida; seré prudente. (Alto.) Vuelvo á escape. (A Luisa.) Que estés preparada... Hasta ahora. (Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA IV

LUISA y FEDERICO

LUISA ¡Pobre! Va más alegre que unas Pascuas.

FED. Está visto; su manía no tiene cura.

LUISA Pero es tan bueno.. Vamos á ver, Federico, voy á necesitar un brazo que me sostenga.

FED. Aquí tiene usted el mío siempre dispuesto.

LUISA ¿A soportar la carga?

FED. A lucirla orgulloso.

LUISA Es tan triste acompañar á una mujer que no llama la atención por su hermosura, si no por sus defectos...

FED. La desgracia no debe inspirar más que consideración y respeto.

LUISA Gracias. Y eso que no resulto tan ridícula al contar con un pequeño apoyo. ¡Verá usted... Venga el brazo y ensayemos. (Se coge del brazo de Federico y pasea por la escena con coquetería.) ¡Qué ligereza; qué soltura! Da mucha tranquilidad un brazo firme.

FED. Naturalmente.

LUISA (Andando apresuradamente.) Cualquiera diría que se ha realizado en mí un verdadero milagro.

FED. ¡Pudiera ser!

LUISA La voluntad y el deseo lo consiguen todo.

FED. Vaya, voy á buscar un coche que nos lleve.

LUISA Entretanto me vestiré. (Vase Federico por el foro.)

ESCENA V

LUISA

Tenerle aquí, tan cerca; poder verle de continuo... ¡parece un sueño! (Se sienta en el sillón.) ¡Qué amargura tan grande!... ¡amar sin esperanza... no inspirando más que compasión! En cambio hay otra mujer, sí; existe, no me cabe duda. Otra mujer dueña por completo de su cariño, que no le corresponde y á la que, sin embargo, rinde fervoroso culto. ¡Dios mío! ¿será ella?... ¡Qué insensatez! Cuantas veces me asalta esta idea la rechazo con espanto. ¡Virgen santísima, dame fuerzas! (Al sentir que abren la puerta del foro, en la que aparece Margarita lujosamente ataviada.) ¿Quién?... ¡Ah! ¡Margarita! (Tratando de levantarse.)

ESCENA VI

MARGARITA y LUISA

MARG. Quieta, amiga mía, quieta; no abandone usted ese trono que tan bien adorna su figura de reina.

LUISA Trono humilde. Reina sin vasallos y poco segura, puesto que flaquea por la base.

MARG. Es una monarquía sostenida por pájaros y flores; nada más encantador.

LUISA Ni menos firme. Siéntese usted, la escalera fatiga.

MARG. Gracias. ¿Cómo tan sola? ¿No viene Federico?

LUISA Acaba de salir en busca de un coche. Nos convida á pasar la tarde en el campo. Volverá pronto.

MARG. Veo que no me he equivocado al calcular que el sitio más seguro para encontrarle era éste.

LUISA ¡Aquí!

MARG. Le atrae hacia algunos lugares un imán irresistible.

LUISA No entiendo.

MARG. ¿De veras? Es raro, porque las mujeres comprendemos ciertas cosas sin necesidad de explicación.

LUISA Repito que...

MARG. Vamos, le gusta á usted que le regalen los oídos diciéndole que Federico la ama.

LUISA ¿A mí? ¡Qué tontería! No reuno los atractivos necesarios para llamar su atención.

MARG. Es usted la modestia personificada. Convengo en que hoy le resultaría fácil hallar, con su apellido, entre la sociedad que frecuenta, una esposa bella y rica que le encumbrase; pero tiene demasiado orgullo para aceptar posición debida á otros merecimientos que á los suyos propios.

LUISA Y hace perfectamente; eso le honra mucho. El verdadero amor no debe fijarse en las

riquezas. Crúzanse en el mundo dos almas, se comprenden y llegan á fundirse en una sola. ¿Qué les importa las penalidades de la vida? Se aman, pues basta. Con ese afecto logran realizarse proezas incomprensibles para una razón fría. El amor todo lo purifica, todo lo allana.

MARG. (Con mucha frialdad.) ¡Preciosa teoría! Pero es más positivo conseguir la admiración y el respeto del mundo por el fausto y la riqueza, recorrer la vida arrullados por los placeres, y eso tan sólo el dinero lo alcanza.

LUISA Por encima de tales presunciones, que apenas nacen mueren convertidas en polvo, se encuentran la alegría del hogar tranquilo, el santo cariño de la esposa inmaculada que aguarda á su compañero cuando vuelve rendido del trabajo, ofreciéndole como dulce recompensa el rostro angelical de un niño, para que deposite allí sus besos.

MARG. ¡Bravo, amiga mía, bravo! Tiene usted una elocuencia envidiable; pero á mí no me convence; el amor no alimenta.

LUISA Es el sustento del alma.

MARG. Brillar en el mundo es seductor.

LUISA Sufrir en el hogar es sublime.

MARG. Los cuidados de los hijos producen arrugas.

LUISA Vale más tenerlas en la cara que en el corazón.

MARG. Con las primeras canas se marchitan las ilusiones.

LUISA Los cabellos blancos son noble corona.

MARG. Nadie nos atiende.

LUISA Todos nos respetan.

MARG. Acaban para siempre los triunfos de la mujer.

LUISA Comienzan las delicias de la madre.

MARG. Se pierde el eco de los aplausos.

LUISA Pero se oye el coro de las alabanzas.

MARG. Nace la envidia que despiertan los éxitos de otras.

LUISA Muere la mísera vanidad.

MARG. Yo deseo lucir.

LUISA Yo ser dichosa.

MARG. Adoro el lujo.
LUISA Prefiero la pobreza.
MARG. Usted será una mártir.
LUISA ¡Pídale usted á Dios no ser una desgraciada!
MARG. ¡Já, já! ¡Cómo nos hemos remontado! ¡Parece mentira, cásese usted con Federico, se completan ustedes!
LUISA No valgo lo bastante para hacerle feliz. (Viéndole aparecer en la puerta del foro.) Aquí está.
MARG. Me alegro mucho, le consultaremos...
LUISA (Bajo á Margarita.) Ni una palabra, se lo suplico. (Alto.) Federico, mire usted qué visita tan agradable y tan inesperada. Dispensen ustedes un momento. En diez minutos estoy lista. (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

MARGARITA, FEDERICO

FED. (Reponiéndose del asombro que le ha causado encontrarse con Margarita.) Margarita, ¿qué viene usted á buscar en esta casa?
MARG. (Con aplomo.) Vengo á ver á mi amiga Luisa, y al mismo tiempo deseaba adquirir noticias de usted. Su brusca desaparición me dejó inquieta, alarmada. Necesito explicaciones sobre lo que piensa usted hacer.
FED. Nada. La única resolución que he tomado es huir de usted.
MARG. ¿Le causo á usted miedo?
FED. Mucho
MARG. Pues hasta ahora no lo había usted manifestado.
FED. Lo he sentido cuando los remordimientos me han acosado, haciéndome conocer todo el alcance de mi falta, medir todas las consecuencias de mi locura.
MARG. ¡Ah, vamos, ya entiendo, la carta que me escribió usted!... Sí que es extraño escribirme viéndome á todas horas.
FED. Nunca estaba usted sola y...

MARG. Casualidad. Pero, efectivamente, ha sido una imprudencia. Suponga usted que la carta hubiese caído en manos de. .

FED. (Aterrado.) La habrá usted quemado, ¿verdad?

MARG. ¿Para qué? Está bien guardada.

FED. Quémela usted, se lo suplico.

MARG. No es necesario.

FED ¡Oh, sí! Ese documento es infame, perdí la cabeza al escribirla y lo que en ella digo, no es cierto.

MARG. ¡Qué crueldad! Me arrebata usted de pronto todas las satisfacciones que he experimentado al leerla repetidas veces.

FED. Repito que cuanto dice es falso, olvídelo usted para que siempre, siempre, podamos vernos sin avergonzarnos. Venga esa carta, yo la destruiré, sin dejar rastro de ella.

MARG. (Levantándose.) No. Quiero conservarla.

FED ¿A qué fin?

MARG. ¡Quién sabe!... Pregúnteselo usted á su amigo Planas.

FED. ¡Planas!..

MARG. Sí, á él que le ha hecho á usted venir apresuradamente de Inglaterra, á él que le ha prevenido contra mí, diciéndole: Margarita, engaña á tu hermano y tú debes vengarle. Hablemos claro. Yo soy una mujer como otras muchas, ni mejor ni peor. Ambiciosa. He conquistado mi puesto palmo á palmo y no he de permitir que se me arroje de él impunemente. ¿Ha creido usted que iba á tolerar que un hombre, erigiéndose en juez de mi conducta destruyese el edificio de mi felicidad? ¡Qué inocente! Estaba alerta, me he prevenido procurando conseguir el arma que me defendiese, y la tengo. Hable usted, intente algo contra mí y esa carta será su castigo ¿Se entera usted?

FED. Perfectamente. Cuanto me dijo usted á mi llegada, era mentira; aquella pasión una indigna comedia representada con arte diabólico para obligarme á que por una palabra, por un acto cualquiera, me comprometiese.

MARG. Exacto.

FED. ¡Infame! ¡Falsa!

MARG. (Sonríe sarcásticamente y se acerca á la ventana.) En mi niñez trabajé durante mucho tiempo en la fabricación de perlas falsas, y es posible que me haya quedado entre los dedos algún residuo de aquella labor. (Abre la ventana y se asoma.)

FED. ¡Quítese usted de la ventana!

MARG. ¿Por qué?

FED. Porque no respondo de mí... y soy capaz...

MARG. (Con mucha tranquilidad.) Sujete usted esos nervios, amigo mío. La casa está llena de gente, á la más mínima agresión, gritaré... vendrán... y...

FED. ¿Qué se propone usted? ¿Qué proyecta?

MARG. Esperar.

FED ¡Espera usted que le deje consumar su crimen, que le permita arrastrar por el lodo el nombre de mi hermano!... ¡Miserable! ¡Oh! eso no puede ser, y no será.

MARG. Veo que ha olvidado usted el contenido de su carta. Escuche usted. (Saca la carta del pecho. En este momento la puerta de la derecha se abre y aparece en ella Luisa que se detiene en el umbral sin que noten su presencia. Leyendo con mucha calma y acentuando las palabras.) ¡Pues bien, sí, te amo, te adoro! (Hablado.) ¿Qué tal, señor Juez?... Palabras de usted á la esposa de su hermano.

LUISA (Conmovida profundamente, se apoya en el marco de la puerta para no caer.) ¡Oh!... (Por efecto de la gran impresión que le produce lo que oye, parece ir repitiendo una por una las palabras que lee Margarita.)

MARG. (Leyendo.) «Pues bien, sí, te amo, te adoro »cada día más, cada instante con mayor lo»cura. Es inútil luchar, no puedo defender»me, esta pasión avasalladora...»

FED. (Descompuesto y fuera de sí.) ¡Mi carta!... ¡Deme usted mi carta.

MARG. ¡No!

FED. (Lanzándose sobre ella.) ¡Démela usted, infame! ó de lo contrario...

LUISA (Dando un paso.) ¡Federico!

FED. (Se vuelve, la ve y se dirige hacia ella. Margarita aprovecha este momento para desaparecer rápidamente por la puerta del foro. Luisa, apoyando una mano sobre su corazón y trémula, se dirige á la butaca dejándose caer en ella. Federico quiere sostenerla y le detiene con un ademán.)

LUISA (Con voz desfallecida y velada por el llanto que trata de contener, repite bajo las frases de la carta.) Te amo... Te adoro... Cada día más... Cada instante con mayor locura... ¡Ah! ¡Dios mío! (Cae como desvanecida en el sillón.)

ESCENA VIII

DICHOS y PÉREZ

PÉREZ (Por el foro, trae en la mano unas botas de color.) ¡Mira, Luisa, mira, una ganga! ¡De última moda! ¡Nueve pesetas! (Fijándose en Luisa.) Pero, ¿qué es eso? ¡Luisa! ¡Hija mía!

FED ¡Un vahído!... (Aparte.) ¡Desgraciada!

TELON

ACTO CUARTO

Departamento de la caja en la fábrica. Puertas en lateral derecha é izquierda primer término. En el foro derecha, puerta también, grande, que al abrirse deja ver el descansillo y un tramo de la escalera principal, alfombrada, adornada con plantas y flores y espléndidamente iluminada. A la izquierda, en segundo término, la caja propiamente dicha formando habitación separada por una mampara alambrada en su parte superior con ventanillo en el centro. En este departamento gran caja de caudales, mesa-pupitre, banquetas, libros, etc. En segundo término derecha, mesa con servicio de escribir, sillas. En el centro aparato eléctrico, otro sobre la mesa-pupitre. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

PLANAS y PÉREZ

PLA (Sentado á la mesa-pupitre del departamento de la caja, y muy atareado en examinar libros y papeles, levantando la cabeza al sentir que abren la puerta del foro.) ¿Quién?...

PÉREZ (Por el foro, vestido de rigurosa etiqueta y acabando de ponerse los guantes.) Soy yo, señor Planas... Subía al baile de Belmon, al ver luz aquí he supuesto que estaría usted y no he querido pasar sin saludarle. ¿Cómo va? ¿No es usted de los nuestros?

PLA. No.

PÉREZ (Delante del ventanillo y acabando de abrocharse los guantes.) Tampoco mi hija puede venir, tiene que terminar un trabajo urgente. El amigo Federico y otros vecinos se han quedado haciéndole compañía; todas las noches se forma allí una pequeña tertulia; Federico lee y entretiene agradablemente la velada. Son muy dichosos los que no están obligados á exhibirse... los que no llevan un nombre artístico que les obliga, como me sucede á mí. ¡Ah, qué vida esta! ¡Trabajando! ¡siempre trabajando!

ESCENA II

DICHOS y CLARA. Después una CRIADA

CLARA (Por la izquierda, deprisa, en traje de baile y con abrigo.) ¡Julio! ¡Julio!... (Deteniéndose al ver á Pérez.) Dispense usted... creía que estaba aquí mi esposo.

PÉREZ (Inclinándose exageradamente.) Yo soy el que debe pedir á usted mil perdones por haber invadido estos lugares. Ya me retiraba. ¡A los pies de usted, señora!... (Hace una profunda reverencia y vase por el foro.)

CLARA (Acercándose al ventanillo.) Planas, ¿ha visto usted á mi marido?

PLA. (Con sequedad y sin levantarse.) No, señora.

CLARA ¿Qué sucederá? Le he mandado un recado al círculo... sabía que tenemos que asistir al baile de Belmon y es muy extraño...

PLA. (Saliendo del departamento de la caja.) ¡Ah! Sí, ¡el baile!... Que se diviertan... que triunfen... ya veremos después...

CLARA (Mirándole fijamente.) ¡Parece usted contrariado!... ¿Ocurre alguna cosa?...

PLA. (Sonriendo forzadamente.) Nada.

CLARA Vamos, no trate usted de fingir. ¿Por qué trabaja usted á horas tan desusadas?

PLA. Hago el arqueo. Mañana vencen letras y pagos por valor de una crecida suma.

CLARA Pero ese no es motivo para estar de mal

humor, puesto que debe haber en caja fondos bastantes.

PLA. ¡Ah! Usted cree... (Con resolución.) Pues bien, señora, no los hay.

CLARA (Asombrada.) ¿Y cómo no ha prevenido usted á los socios?

PLA. ¿Acaso se les puede ver? A don Julio, con sus ocupaciones, resulta difícil encontrarle...

CLARA En cambio Belmon casi nunca sale de la fábrica.

PLA. Yo no hablo con el señor Belmon.

CLARA ¿Por qué?...

PLA. Porque es imposible entenderse con un hombre tan... distraído.

CLARA De todos modos reviste caractéres muy extraños lo que ocurre... Una casa como ésta, formal y de arraigo, hallarse por el momento desprovista de fondos... Un empleado como usted, concienzudo y exacto, mostrarse punto menos que indiferente en vísperas de acontecimientos graves... semejante conducta acusa negligencia.

PLA. ¿Cómo?... ¿Me reprende usted, señora? Es usted injusta conmigo.

CLARA Hago constar los hechos, nada más. Explíquese usted. Estos días han debido ingresar en caja fuertes cantidades por ventas efectuadas y otros negocios... ¿Qué se ha hecho de ese dinero?

PLA. Conforme ha entrado ha salido.

CLARA ¿Qué?

PLA. Sí. Tiene usted derecho á saberlo y el callar á todos perjudica. Hablaré. A causa de excesos inexplicables, de gastos enormes, el peligro en que se encuentra la casa es inminente. Desde esta mañana no ceso de correr de una parte á otra, he estado en casa de Pedrell hermanos, en la de Callús, en la de Ferrant pidiendo prórrogas... plazos... en todas me han dado idéntica respuesta: «Bastante hemos esperado.» ¿Qué podía decirles yo? Los comerciantes solo se conmueven ante la lógica inflexible de los números. Si usted hubiera sufrido mi Calvario... (Limpián-

dose el sudor de la frente y muy abatido.) ¡Oh! ¡No olvidaré en mi vida el día de hoy!...

CLARA — Concluyamos. ¿Quién ha dispuesto de lo que falta?

PLA. — Yo... no sé... no puedo precisar...

CLARA — Sí, Planas, lo sabe usted perfectamente; pero no quiere decirlo de una vez. Belmon se ocupa tan solo de sus máquinas, y apenas conoce la marcha de los asuntos, por lo tanto el que ha dispuesto de esos fondos, sin duda para atenciones urgentes, ha sido mi esposo; pero, repito, ¿cómo ha dejado usted que lleguen estos momentos sin avisarle?

PLA. — Señora, yo procuro cumplir con mi obligación... En el Círculo se juega mucho... don Julio pasa allí la vida y... claro es, compromisos disculpables... quizá...

CLARA — Basta. No necesita que nadie se moleste en justificar su conducta.

CRIADA — (Por lateral izquierda.) Señorita.

CLARA — ¿Qué hay?

CRIADA — José acaba de volver del Círculo, y dice que el señor no estaba.

CLARA — ¿A quién ha preguntado?

CRIADA — Al conserje y le ha respondido que hace más de tres meses que no va por allí.

CLARA — (Sin poder contener un movimiento.) ¡Ah! Está bien; puede usted retirarse.

CRIADA — (Al dirigirse á la puerta lateral izquierda.) Aquí está el señor. (Deja pasar á Julio y después vase.)

CLARA — (A Planas.) Continúe usted en sus ocupaciones y tranquilícese, todo se arreglará. (Planas saluda y entra en el departamento de la caja.)

ESCENA III

CLARA, JULIO y PLANAS

JULIO — Dispénsame, Clara, he tenido que terminar un asunto importante y me he retrasado...

CLARA — No soy yo solamente la que te espero con

impaciencia, el cajero también te aguarda intranquilo hasta tener en su poder la cantidad que has de entregarle...

JULIO ¿Te há dicho?...

CLARA Me ha indicado que debías darle fondos para atender á los vencimientos de mañana.

JULIO (Contrariado.) Sí... precisamente acabo de ver á nuestro banquero y me ha prometido tratar de facilitarme...

CLARA (Sorprendida.) ¿Tratar únicamente? ¿pero es que admite espera?...

JULIO ¡Vaya una premura! No comprendo...

CLARA ¡Ah! ¿no comprendes que se encuentra comprometido el buen nombre de nuestra casa? ¿Es posible?

JULIO Escucha. En un momento de extravío olvidé la promesa que te hice; he jugado.

CLARA ¿En el Círculo?

JULIO Sí.

CLARA ¡Falso! ¡Llevas más de tres meses sin parecer por allí! Niégalo. (Pequeña pausa. Con resolución.) Julio, tú tienes una querida.

JULIO ¿Qué dices? ¿Puedes suponer?...

CLARA Concluya la comedia. Hace mucho tiempo que yo sentía á mi alrededor el vacío causado por tu conducta llena de misterios y envuelta en tinieblas. ¡Ahora comprendo las miradas compasivas, las sonrisas equívocas con que me recibian en todas partes... Como siempre, todo el mundo lo sabía... todo el mundo, menos yo. ¡Oh! tu proceder es indigno

JULIO (Acercándose á Clara.) ¡Clara, yo te ruego!...

CLARA Déjame. Sé cual es mi puesto y el de mi hijo y no estaremos una hora más en esta casa. Ya nada existe entre los dos.

JULIO Reflexiona. Eso no puede ser.

CLARA Pronto lo verás.

PLA. (Saliendo de la habitación de la Caja. A Clara con acento de súplica) Pero... ¿y yo señora? El dinero hace falta mañana temprano, de otro modo habrá que declararse en quiebra.

JULIO (Aterrado.) ¡En quiebra!...

PLA. (A Julio, con energía.) Sí, señor, hay que llamar

á las cosas por su verdadero nombre y mirarlas de frente.

JULIO (Cae sobre una silla anonadado.) ¡La quiebra!

CLARA (Aparte contemplándole apenada.) ¡Desdichado, ni aún tiene valor para soportar su desgracia!...

ESCENA IV

DICHOS y BELMON

BELM. (Por el foro, de frac. Planas al verle se aparta.) ¿Qué es esto? ¿Aquí todavía? Los salones están rebosando de gente selecta y... ¡qué *toilettes*, señorita Clara!... ¡Divinas! Con la música parece un cuento de *Las mil y una noches*. Margarita ha cantado y le han hecho una ovación ruidosa; Pérez va á recitar versos. Todos preguntan por ustedes.

CLARA Ahora mismo íbamos, amigo Belmon...

JULIO Pero yo me he retrasado, ya es tarde...

BELM. ¡Qué ha de ser tarde!... No dejen ustedes de subir, se lo ruego, Margarita tendría un verdadero pesar. Además, si no les ven á ustedes en el baile, podrán creer que los socios no estamos en buena armonía, que la casa no marcha bien... ¡qué se yo!... hay siempre cien ojos que vigilan y cien bocas que murmuran.

CLARA Tiene usted razón, es preciso que no se note nuestra falta. (A Planas.) Bajamos en seguida, espérenos usted. (Julio le da el brazo y salen por la puerta del foro viéndoseles subir la escalera.)

ESCENA V

BELMON y PLANAS

PLA. (Mirando á Clara y Julio hasta que desaparecen.) ¡Qué mujer! ¡Es una Castell legítima! ¡Si ella sospechase que va á casa de la amante de su marido... y este imbécil venir á buscarlos!... ¡No sé cómo me contengo!...

BELM. (Al dirigirse hacia la puerta del foro se detiene, se vuelve mirando un momento á Planas y por último resueltamente se acerca á él.) Y tú, Planas... ¿no quieres honrar mi baile?... ¡Ea, ya es tiempo de que termine la tirantez ridícula que existe entre nosotros!... Vamos á ver, ¿que te he hecho yo? Esta es mi mano (Tendiendo la mano á Planas que le mira y le vuelve la espalda. Asombrado y con entereza.) ¡Te doy la mano, Planas!

PLA. Y yo la rechazo, Belmon.

BELM. ¡Que la rechazas! ¿Por qué?

PLA. Porque yo no puedo estrechar la mano de un hombre que está contribuyendo á la ruina de esta casa.

BELM. ¿Te has vuelto loco?

PLA. No; sé muy bien lo que hablo. Se deben cincuenta mil duros, hay que pagarlos mañana mismo y gracias á tu conducta y á la de otros no tengo un cuarto en caja.

BELM. (Cada vez más asombrado.) ¡Que yo arruino esta casa! ¡¡Yo!!

PLA. Sí. Has aceptado como bueno un balance falso, has consentido todo lo que tu socio ordenaba. Has tolerado que tu mujer disfrute de magnífica posesión, que arrastre coches, que luzca joyas... que dé suntuosos bailes, sin averiguar de dónde salía tanto lujo, quién proporcionaba medios para ese despilfarro.

BELM. (Como aturdido.) ¡Calma! ¡Calma! Despacio... no entiendo semejante algarabía... ¿Que yo he aceptado un balance falso? ¿No has sido tú el que lo ha hecho? ¿No has sido tú el que me lo ha presentado?

PLA. No; el señor Castell.

BELM. Justo; ahora recuerdo que fué don Julio quien... ¿Y ese balance es falso?...

PLA. Sí.

BELM. ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

PLA. Porque hay palabras que se resisten á salir de los labios sin avergonzarse el que las pronuncia, cosas que no se creen aun cuando las refiera un verdadero y antiguo amigo... ¡por eso hice venir de Inglaterra al único

hombre de quien podías escucharlo todo, á tu hermano Federico!...

BELM. ¡Ah!, mi hermano volvió para... ¿Qué es esto, Dios mío?...

PLA. Federico ha callado, porque ha tenido miedo. ¡Yo también quise hablar muchas veces, pero me asustaba la idea de que tú, Belmon, sufrieras resignado que se derrochase una fortuna para satisfacer los caprichos de tu mujer!...

BELM. ¡De suerte que Castell ha esquilmado la caja para gastarse alegremente el dinero con Margarita!... Entonces... ella es una... ¡Oh, no! ¡Imposible! ¡Mentira!... ¡sois unos impostores, unos villanos!...

PLA. (Con dignidad.) ¡Belmon!

BELM. (Arrepentido.) Perdona, amigo mío, perdona, no soy dueño de mí... ¿Conque este lujo que me rodea, este bienestar de que disfruto, no lo he conquistado con mi trabajo, con mis desvelos.. es... la recompensa de mi indigna deshonra?... Las complacencias de la mujer han proporcionado al marido una vida tranquila... ¡Oh!... ¡Miserables!... ¡Canallas!... ¡Cómo se habrán burlado de mí, cómo se habrán reído viendo la impunidad con que se prodigaban sus criminales caricias! ¡Mientras este idiota trabajaba como una bestia de carga, procurando ensalzar el nombre de Castell, ellos arrastraban el mío por el lodo!... ¿No es esto? Habla. Pero no, ella es la que debe responder. (Se dirige á la puerta del foro, la abre violentamente de par en par y grita al pie de la escalera con voz destemplada.) ¡Margarita! ¡Margarita!... (A un Criado.) Avise usted á la señora. Que baje inmediatamente.

PLA. (Aparte.) Y yo suponia... (Alto.) ¡Tranquilízate! (Aparte.) Está arrebatado.. ¿Cómo evitar?... ¡Ah!... ¡Sí... Federico!... (Vase precipitadamente por lateral derecha.)

ESCENA VI

MARGARITA, BELMON. Luego PLANAS. Después CLARA. Margarita baja por la escalera del foro en traje de baile y adornada con profusión de joyas

MARG. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me llamas?

BELM. (Procurando dominarse.) Acércate. ¿Sabes lo que acaban de decirme? Que esos brillantes, esos adornos con que te engalanas son... robados.

MARG. (Aparte aterrada.) ¡Oh! ¡Federico me ha descubierto! ¡Estoy perdida!

BELM. Contesta. ¿Quién ha comprado mi deshonra á tan bajo precio?... ¡Callas!... ¿Luego es verdad?... ¡Me has vendido!... Ra... (Se lanza sobre Margarita.)

PLA. (Apareciendo en la puerta lateral izquierda.) ¡Francisco!

BELM. (Conteniéndose á la voz de Planas.) No temas; sabré contenerme. Antes de vengar la ofensa debo resolver algo más importante. ¡Hemos robado, restituyamos! Quítate esos pendientes, ese collar, esas sortijas... pronto.

MARG. Pero...

BELM. Pronto, ó te lo arrancaré yo mismo. (Margarito, con un movimiento de despecho, se va quitando despacio los pendientes, el collar, etc Impaciente al ver que tarda y arrancándole una pulsera.) ¡Vamos!

MARG. Me haces daño. (Aparte.) Me vengaré.

BELM. (Entregando las joyas á Planas.) Toma, véndelo, y la finca de Badalona, y los coches, y los caballos, todo, absolutamente todo. (Clara entra por la puerta del foro, que deja abierta. Al verla.) ¡Ah! ¿Es usted, señora? Llega usted oportunamente. (Coge violentamente á Margarita por una de las muñecas, y la arrastra hasta colocarla frente á frente de Clara.) Robamos y hemos restituído. Has ofendido á esta santa mujer... Pídele perdón.

MARG. (Resistiéndose.) ¡Ah! no, eso nunca...

BELM. (Obligándole violentamente á arrodillarse.) ¡De rodillas!

CLARA (Asombrada.) ¡Cómo!
BELM. ¡De rodillas!
CLARA (Aparte.) ¡Era ella!
BELM. (A Margarita.) Repite una por una las palabras que yo pronuncie. Sin vacilaciones... porque de lo contrario, te ahogo. ¡Señora!...
MARG. (Con resolución.) No
BELM. (Descompuesto y amenazándola.) ¡Miserable!...
MARG. (Asustada, repite.) ¡Señora!...
BELM. ¡Toda una vida de arrepentimiento, de penitencia, no será bastante para... Repite... (Amenazándola.)
MARG. (Aterrada.) Toda una vida... (Con fiereza.) ¡No! Prefiero que me mates. (Por una fuerte sacudida se desprende de la mano con que la sujeta Belmon, se recoge la ropa y desaparece rápidamente por la puerta del foro.)

ESCENA VII

BELMON, PLANAS, CLARA. Después la DONCELLA

BELM. (Tratando de lanzarse tras ella.) ¡Ah! ¡Infame!... (Clara y Planas se interponen. Dominándose, después de un supremo esfuerzo.) Sí, que se vaya. Es mejor... A la calle, al arroyo, donde ha nacido y donde debe estar. Desde este momento esa mujer ha muerto para todos, no volvamos á ocuparnos de ella. Ahora, tratemos de lo más importante, de salvar el honor de la casa. Planas, á tu puesto, examina los libros, haz una liquidación completa. ¿A qué cantidad asciende él *déficit?*
PLA. A doscientas cincuenta y ocho mil pesetas
BELM. ¿No hay nada en caja?
PLA. Nada.
BELM. ¿Se pueden recaudar fondos por algún concepto?
PLA. Ninguno.
BELM. Pues no hay remedio, es preciso pagar sin demora.
PLA. El señor Castell dice que su banquero...
BELM. ¿Dónde está el señor Castell? Vé á buscarle.

CLAR. (Vivamente.) No le encontrarán. Ha salido.

BELM. (Fijándose en Clara.) Teme usted que nos veamos; tranquilícese, puede usted asistir á la conferencia y si un arrebato mío, involuntario, comprometiese la situación, bastará la presencia de la hija de mi antiguo principal, á quien tanto he respetado desde niña, para que cesen mis rencores. Doy palabra de honor de que nada ocurrirá.

CLAR. Gracias, amigo mío, pero tengo miedo. ¡Las fuerzas humanas alcanzan un límite... y si en estos momentos se encontrase usted con el hombre que le ha hecho tanto daño... no podría...

BELM. (Ahogando sus lágrimas.) ¡Ah! ¡Infames! ¡Infames!...

CLAR. Ya lo ve usted, á pesar de todos sus esfuerzos no logra contenerse. Renuncie usted á la entrevista con mi marido, yo se lo ruego. Su vida le pertenece á usted... él lo sabe, y no tratará de defenderla. No es la esposa la que suplica, es la madre la que implora; si es necesario colocaré á mi hijo entre los dos.

BELM. ¡Su hijo de usted!... Por ese ángel, nieto de aquel venerable anciano á quien tanto debo, haré los mayores sacrificios. Pensar en que he podido ser la causa inconsciente de su ruina, me vuelve loco... Está bien; prescindo de ese hombre. (A Planas.) Mañana á primera hora vas al Hotel Continental, preguntas por Mister Simpson y le dices que la nueva máquina de estampación es suya, en absoluto, mediante las trescientas mil pesetas que ayer vino á ofrecerme.

PLA. (Conmovido estrechando la mano de Belmón.) ¡Pobre Francisco!

BELM. ¡Acuérdate de lo que te dije el día de mi boda: si la casa Castell peligra no vacilaré en sacrificárselo todo, la dicha de hoy, la esperanza de mañana...

CLAR. ¡Su conducta de usted es sublime, heróica!

BELM. (A la Doncella que entra por el foro trayendo una carta.) ¿Qué trae usted?

DONC. Esta carta que la señorita, al marcharse, ha encargado que se le entregue á usted.

BELM. Venga. (La Doncella entrega la carta.)

BELM. (Dando vueltas á la carta entre las manos.) ¿Qué quiere?... ¿Por qué me escribe?... ¡Ah! este perfume me trastorna... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Yo que la adoraba... (Abatido cae en una silla junto á la mesa sujetándose la cabeza con las manos.)

ESCENA VIII

BELMON, PLANAS, CLARA, FEDERICO y LUISA

LUISA (Por la derecha seguida de Federico.—Aparte señalándole á Belmon.) ¡Ahí está!... ¡Animo!

FED. (Acercándose á Belmon y tocándole en el hombro.) ¡Francisco, soy yo, tu hermano!

BELM. (Incorporándose.) ¡Ah, Federico! ¡Cuánto bien me hace tu presencia en este momento!... No te separes de mí, no me abandones... Eres el único cariño que me resta en el mundo... Deja que derrame sobre tu pecho la sangre que destila mi corazón. (Abraza á Federico y llora.) ¡Si supieras lo que sufro!... (Reponiéndose vivamente.) Pero no, no puedo dejarme vencer por el dolor.. Toma, esa mujer me ha escrito, no he leído su carta, hazlo tú. Si pide algo concédeselo; pero que no se me hable de ella, no quiero oir pronunciar su nombre. (Entregando la carta á Federico.)

FED. (Abriéndola y al fijarse en la letra.) ¡Ah!

BELM. ¿Qué?

FED. Nada.

BELM. Si. ¡Has palidecido! (Arrebatándole la carta.) ¿Qué nueva perfidia encierra ese papel? (Federico trata de apoderarse de la carta.) Descuida, no puede hacerme más daño del que ya me ha hecho.

FED. Hermano, yo te suplico...

BELM. (Mirando la carta.) ¡Es tu letra! (Leyendo en alta voz.) Pues bien, sí, te amo, te adoro...

LUISA (Conmovida profundamente y adelantándose.) Esa

carta es mía, me la escribió Federico, y yo se la confié hace tiempo á Margarita. Su contenido es para mí tan grato que me la sé de memoria. Oiga usted: (Reconcentrándose para recordar.) Pues bien, sí, te amo, te adoro, cada día más, cada instante con mayor locura. (A Belmon.) ¿No dice así? (A Federico.) ¿No era eso lo que usted me escribía?

FED. (Enternecido y acercándose á Luisa.) Sí, sí, Luisa esas eran mis palabras y esa es la verdad... la adoro á usted cada día más, cada instante con mayor locura...

BÉLM. (Colocándose entre los dos.) ¿Será cierto? ¿Os amáis?

LUISA (Mirando fijamente á Federico.) Yo... Federico contestará.

FED. (Con pasión.) ¡Oh, sí, lo juro.

BELM. (Abrazándolos.) ¡Bendito sea Dios! Ya no es tan grande mi desgracia. Tengo una familia.

TELON

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*